

MIKE GRANDSON
AMOR y MUERTE en el SOL
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

Mike Grandson

AMOR Y MUERTE EN EL SOL


Mike Grandson
AMOR Y MUERTE
EN EL SOL
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Albert Kurnitz - Joven químico, protagonista de la novela.

Esther Vosmaecker - Protagonista femenina, hija de Karl Vosmaecker.

Karl Vosmaecker - Director del Centro de Investigaciones Astrales.

Walter Renfrew - Miembro de la expedición científica al Sol.

Grant Kurnitz - Padre de Albert.

Elizabeth Kurnitz - Madre de Albert.

Ghunter von Shertz - Médico de Centreville (Estados Unidos).

Comandante Holt - Jefe de la expedición militar al Sol.

Frank F. Hillis, *Chester MacDougald* y *Ludovico D'Angelis* - Miembros de la expedición científica.

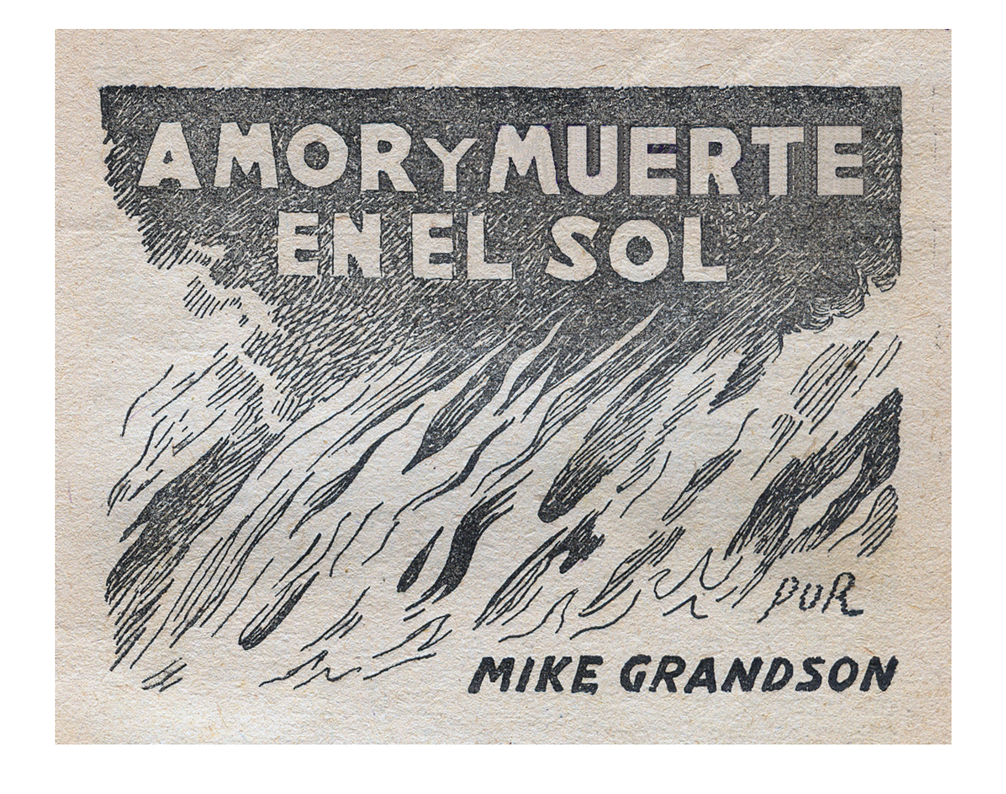
Capitán Keaty y *sargento Brady* - De la Unidad de Investigación de Heliosburg.

General Henry Norton Crabbe - Jefe militar de Heliosburg.

Jhon Curtis, *Alan Role* y *Aldous Walgon* - Oficiales del Cuerpo Expedicionario contra Bastinor.

Kelly - Suboficial del mencionado cuerpo expedicionario.

PKINTED IN SPAIN



PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

ANORMALIDADES

Recuerdos de Mr. Albert Kurnitz. Centreville (California, EEUU), Junio de 1955.

JAMÁS he podido explicarme la naturaleza del fenómeno que me ha hecho tomar parte en acontecimientos del futuro. No sé si llamarle sueño, visión, o, simplemente, presentimiento; quizá alguno de estos denominativos convenga a su naturaleza, pues esa serie de hechos que está aún por llegar los he vivido. Y he sentido, he palpado y he sufrido y gozado tan vívidamente esas cosas como puedo ahora, al empezar mi relato, sentir la fragancia del aire que respiro o notar la materialidad de la pluma que tengo entre mis dedos. Mi relato parecerá fabuloso, producto de mi fantasía desbordada; y, sin embargo, pasé por todas esas cosas y viví esos hechos con mi mismo cuerpo y mis mismos sentimientos.

¿Es eso posible? ¿Puede un hombre saber lo que ha de suceder en la Tierra más allá del tiempo que ha de permanecer vivo en ella?

Son muchos los casos de personas que han hecho predicciones sobre el porvenir. Pero, ¿no son tales personas, las más de las veces, unos embaucadores o unos charlatanes y sus aciertos debidos a la casualidad?

Sea lo que fuere, lo que nunca ha sucedido, al menos que yo sepa, es que alguien haya vivido en unos segundos toda una existencia situada más allá del límite de la duración de la suya propia, como si su alma hubiese pasado de repente a un cuerpo más joven, de éste a otro, y así sucesivamente hasta encarnarse en otro ser, después de haber pasado así por varias generaciones, quizá unos cuantos miles de años.

Y esto es lo que me sucedió a mí. Por eso tengo la duda de si quien ha vivido esa existencia maravillosa y fantástica he sido yo o alguna otra persona, porque, si bien ahora recuerdo todo lo que me sucedió -si es que puedo aplicar las palabras «recuerdo» y «sucedió», que hablan de cosas pasadas, a unos acontecimientos que aún están por llegar- en cambio, entonces no podría recordar más que como una nebulosa sensación atávica de mi subconsciente los sucesos de mi real y verdadera vida, dentro de los treinta años que llevo gozando de ella en esta encantadora y pacífica ciudad de la costa oeste de los Estados Unidos.

Esta duda de si fui o no el verdadero protagonista del viaje al futuro me priva de las ventajas e inconvenientes inherentes al conocimiento de las cosas que nadie puede saber. En efecto, nadie sabe cuándo ha de morir ni dónde, y yo sí. Porque, de ser cierto lo que vi, de no tratarse de un engaño del impulso poderoso que me trasladó a Más Allá del Tiempo, yo sé el día en que he de morir y el lugar dónde ha de suceder mi óbito. Pero eso es otra historia completamente distinta de la que ahora pienso relatar.

No quiero adelantar los acontecimientos. Lo que ha de venir vendrá por su turno cuando le llegue la hora, como el día en que la he

de encontrar por primera vez. Sólo diré que ella sola vale por todo lo que vi y compensa los peligros por los que pasé. Y que si ella es un ser que pertenece al futuro, a ese futuro tan lejano, tan materialmente inalcanzable para mí, entonces aguardaré impaciente la hora de abandonar mi envoltura carnal para ver la verdad de mi supervivencia a la de mis características temperamentales, morales e intelectuales a través de otro ser. ¿Mi hijo? ¿Un descendiente mío lejano? ¡Quién sabe! Lo único cierto es mi ansia de volverla a ver, porque fue la compañera maravillosa en jornadas llenas de dramatismo y de emoción. Pero ya hablaré de ella y de todas esas cosas cuando llegue el momento.

Como estoy convencido de que soy una persona distinta a todas las demás, empezaré mi relato remontándome a mis años infantiles

Nací hace treinta años, como ya he dicho, en la ciudad de Centreville, a orillas del Pacífico, en la bella y templada costa californiana. Allí han transcurrido muchos años felices de mi existencia, entre las frondas perfumadas de los naranjos o en las soleadas rocas que surgen entre extensiones de arenas suaves acariciadas casi silenciosamente por las aguas cálidas del Océano. Y también he pasado horas inolvidables en el puerto de pescadores, o en el de los barcos de carga o pasaje escuchando a los viejos lobos de mar sus tenebrosas historias de lejanos países; o en mi casa, donde al lado de mis padres, gocé de la paz más idílica que jamás ha podido gozar ningún ser humano.

Después marché a la Universidad para cursar mis estudios superiores, y, cuando terminé, pasé otra temporada de descanso en mi casa antes de abandonarla para lanzarme en medio de la vorágine de la vida.

Mi padre se llama Grant Kurnitz por una curiosa manía familiar, desde la época de mis tatarabuelos, de poner a los recién nacidos los nombres alusivos a los grandes personajes de cada época, lo que hubiera sucedido en mi caso si mi madre, Elizabeth Kurnitz (Felling de soltera), no se hubiese opuesto enérgicamente a que el nombre de pila de su hijo fuese el de Rooselvet, Pershing o Morgan u otro

parecido. Y así, mi nombre es sencillamente Albert Kurnitz. Soy más bien alto, delgado y musculoso. Mi temperamento es apasionado, quizá algo imprudente en ocasiones, pero creo que noble. En ello han influido las características de mis padres y algo también la tierra de California donde nací y me crié.

Fue en mi adolescencia cuando empecé a notar los primeros síntomas extraños que llegaron a hacerme dudar de si mi estado de salud era tan perfecto como hasta entonces.

Al principio eran pesadillas en las que asistía a desgracias venideras envueltas en las brumas del sueño, que se hicieron tan frecuentes como para inquietarme. Otras veces eran pérdida de la conciencia de mis actos, mientras, ante mis ojos, se transformaba el panorama y cambiaba el horizonte de tal modo que parecía encontrarme en otro sitio completamente distinto de aquel en donde me hallaba.

Estas anormalidades no dejaban huella de mal alguno, ni de cansancio, en mi cuerpo. Por ejemplo, después de una pesadilla horrorosa en la que me trasladaba a un campo de batalla donde los hombres caían a centenares bajo los efectos de unas armas totalmente desconocidas en aquella época, corriendo yo mismo peligro de muerte, cuando me despertaba me encontraba tan fresco y tan descansado como si toda la noche hubiera disfrutado de un sueño tranquilo y reparador. Por eso nada dije a mis padres del asunto, a pesar de que hasta entonces nunca me había sucedido una cosa así.

Pero como no podía por menos de suceder, llegó un momento en que aquellos síntomas no pasaron desapercibidos ante los ojos de mi padre.

Fue poco después de morir mi madre, a quien naturalmente quería con toda mi alma, y su pérdida fue muy dolorosa para mí, lo mismo que para todos.

Mi padre llegó a pensar que ello había podido afectar mi razón, a pesar de que yo había dado muestras siempre de gran equilibrio mental.

—Albert —me dijo un día después de observarme pensativo—. Veo que no eres el mismo de antes. ¿Te sientes mal? ¿Qué te sucede?

—¿A mí? Nada, te lo aseguro —le respondí—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Ya lo debes saber, hijo mío. Desde el fallecimiento de tu madre no eres-el mismo. Pareces a veces abstraído y hasta torpe. Ya sé que a muchos hombres les pasa esto, pero tú has sido siempre muy distinto. Muchas veces te he oído gritar por la noche tan fuerte, que tus voces han llegado claramente hasta mí a través de los muros que separan nuestras habitaciones que son muy gruesos. Y esto, en ti que siempre has sido tan equilibrado, es muy raro.

—Pero yo me encuentro perfectamente —objeté—. Mi peso es el normal, mis músculos están en perfecta forma y jamás he sentido fatiga, decaimiento, dolor o malestar alguno. Ni siquiera una ligera falta de apetito. Y siendo así, ¿por qué he de estar enfermo?

—¿Ves? Tú mismo te has preocupado de observarte, y eso en ti ya constituye un mal síntoma. Hasta ahora jamás te has preocupado de semejantes cosas.

Era verdad. Porque a raíz de mis sueños, alucinaciones o lo que fuese, yo había vigilado mi salud temiendo que fuesen los síntomas de un estado patológico. Llegué a una conclusión negativa respecto a este punto y guardé silencio con respecto a mi padre y así se lo hice constar. Pero él, a veces, resultaba un poco tozudo y no dio su brazo a torcer.

—No importa —me contestó—. Ya te he dicho que me tienes preocupado, y por lo tanto he decidido llevarte a un médico.

¡Un médico! No sé por qué experimenté un horror indecible al oír esta palabra. Nuestro médico de cabecera ya me había visitado en otras ocasiones con motivo de ligeras indisposiciones y siempre había afirmado que yo gozaba de buena salud; por lo tanto ahora debía referirse a un especialista y concretando más, a uno que lo fuera de enfermedades nerviosas. Yo tenía una idea de los métodos que

usaban para lograr un diagnóstico exacto y, no sé por qué causa, sentí temor de las preguntas y «tests» a que sería sometido. Este temor debió reflejarse en mi cara, porque mi padre lo notó y quiso dorar la píldora.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. No te pongas así. Es seguro que el médico llegará a la misma conclusión que tú. Pero ya verás cómo después nos quedamos más tranquilos los dos. Además, quiero que otra persona, además de mí, te diga que debes holgazanear menos y estudiar más, que seguramente es lo que necesitas.

Yo, como a pesar de lo que acababa de decir, le seguía encontrando preocupado, quería decirle que lo que me pasaba no tenía que ver con aquel desgraciado suceso que a todos nos había afectado por igual, que era muy anterior a él, y que cualquiera que fuese su naturaleza mi supuesto mal influía en mí de un modo contrario completamente a como él se figuraba. En efecto, yo me sentía feliz y superior a los demás jóvenes que conocía por poder gozar de aquellas misteriosas sensaciones, y no inferior ni desgraciado como podía suceder si todo fuera obra de una enfermedad. Por otra parte, notaba en mí una perfecta regularidad y excelente funcionamiento de mi mente; pero no sé por qué impulso negativo, me quedé callado y él decidió finalmente.

—Mañana iremos a ver al doctor Shertz.

Herr Doktor Ghunter von Shertz, que así le gustaba oírse llamar, era un especialista alemán en enfermedades nerviosas que gozaba de alguna fama y solía pasar la primavera en un hotelito que poseía cerca del mar, un poco alejado de la población; precisamente por entonces se encontraba en esta propiedad. Mi temor creció porque pensé que buscaría en la interpretación de mis sueños la raíz del supuesto mal; y yo no quería que nadie ahondase mis secretos. Además, decían que era hombre muy agudo e inteligente.

Mas «Herr Doktor» no pudo sacar nada en limpio del agotador examen a que me sometió y salí de su clínica feliz y contento porque aseguró a mi padre que mi salud mental era perfecta. Todo lo más

que me encontró fue una poderosísima imaginación. En realidad creo que su diagnóstico acreditaba su capacidad, pues quizá otro cualquiera hubiera dicho que yo estaba loco de remate y hubiera recomendado mi internamiento en un manicomio.

—Si acaso —terminaba diciendo—, le podría recomendar que se ocupara de algo-más interesante a modo de entrenamiento de sus facultades, pero nada más.

En resumen, que también me llamó vago, y no dijo que yo leía demasiadas novelas truculentas porque, hombre precavido, se aseguró antes por mi padre de que tal cosa no sucedía.

Más tarde comprendí que, a pesar de todo, el doctor podía haber sacado más partido de su examen, si lo hubiera orientado en una dirección diametralmente opuesta.

Me explicaré más claramente. Él, aparte de unos supuestos síntomas actuales de anormalidad, había investigada un hecho en el pasado como posible origen de todo el asunto, creyendo que debía apartar de su atención muchos recuerdos que juzgaba barreras mentales envolventes del hecho verdadero. Si, por el contrario, hubiera investigado por medio de mis sueños los hechos futuros, no sólo de mi vida, sino en un campo de acción más amplio, el resultado hubiese sido asombroso. Claro, que eso no hubiera supuesto el declararme insano, pero sí hubiera salido a la luz el hecho de que yo no era como los demás, sino que tenía unos poderes extraordinarios. Pero, ¿quién puede afirmar que esto último fuese lo más conveniente?

CAPÍTULO II

LA MISTERIOSA DESCONOCIDA

LA historia presente comenzó después de muchos años del reconocimiento a que me sometió von Shertz. Yo era un hombre hecho y derecho, con mi carrera terminada, y había decidido ingresar como químico en una poderosa compañía dedicada a las grandes instalaciones electrónicas, que en aquella época empezaban a extenderse enormemente en todos los órdenes de la vida. Tenía todo

preparado para empezar a trabajar a primeros de junio y estábamos a veinticinco de mayo. Antes de fin de mes debía emprender el viaje a Los Angeles, sede de los laboratorios de la sociedad. El viaje en sí no suponía nada, pues la distancia entre Centreville y Los Angeles era cubierta rápidamente por cualquiera de los modernos medios de locomoción de que disponía, incluyendo mi modesto automóvil en el cual el viaje resultaba un placer. El hecho importante era la entrega total a mi trabajo que crearía, entre lo que hasta entonces había sido mi hogar y yo, un muro más efectivo que los kilómetros existentes entre las dos ciudades.

En consecuencia decidí dar una fiesta de despedida para tener un recuerdo grato de los últimos días que me quedaban que pasar en Centreville. Invité a todas mis amistades y alquilé a los efectos el magnífico local del hotel *Star*, uno de los más a propósito de la ciudad. La fiesta se celebró el 27 de mayo, un día antes de mi partida.

El salón estaba magnífico, adornado con multitud de flores y un artístico juego de luces que lo hacían sumamente acogedor. Allí estaban, además de mis amigos particulares, los de mi padre y mis demás familiares. Entre todas estas personas citaré a los Greene, Fred y Myriam, un matrimonio joven con quienes me unía una gran amistad, especialmente con Fred que había sido en otra época mi compañero de juegos; Walter Maidstone y Rosina Shire, novios que residían hacía poco en Centreville con sus familias respectivas; Stanley Pearson, el jefe del pequeño campamento militar cercano a nosotros; el serio y estirado Richard Huxton, sheriff de la localidad, y otros muchos que no recuerdo ahora, aunque sé que la lista sería muy larga y, además, sus nombres no hacen al caso. Todos eran gente sencilla y amigos sinceros y únicamente localicé una cara desconocida. Pensé que se trataría de alguien a quien habría llevado alguno de los demás invitados. Era una joven y evidentemente se trataba de una forastera. Llegó cuando estábamos todos sentados a la mesa.

Después de la merienda-cena las mesas se retiraron y se organizó un alegre baile, que, en definitiva, era el objeto principal de la

reunión. Los ánimos estaban bien dispuestos por el abundante licor ingerido y en cuanto me vi libre me dirigí a la forastera que había ejercido sobre mí una especial atracción. En efecto, había estado deseando esta aproximación desde que la viera sentada enfrente y un poco a la derecha de mí, pues era una mujer magnífica en toda la extensión de la palabra. Joven, alta y esbelta, ojos verdes acariciadores y porte distinguido. Su vestido, un tanto atrevido, ceñía un cuerpo de justas proporciones y su negro cabello brillaba con mil destellos al ser herido por la iluminación artificial. Había comprobado que las miradas de casi todos los hombres jóvenes se habían detenido en ella con expresión aprobadora y tenía interés de ser el primero en acercarme.

Por fortuna nadie se me adelantó. Al fin y al cabo, la fiesta era en mi honor y eso llevaba aparejadas ciertas ventajas.

Cuando me dirigía a ella me sonrió de nuevo y vino hacia mí con un gesto decidido que me extrañó.

—¿Cómo estás, Albert? —me dijo tendiéndome las dos manos, de dedos largos y delicados, que apreté entre los míos con un calor fuera de lugar teniendo en cuenta que no la conocía—. Seguramente —siguió diciendo sin darme tiempo a contestar a su saludo— no me recuerdas, lo veo en tu cara. Tendré que presentarme como si fuésemos dos desconocidos. ¿Será posible que me hayas olvidado?

Estas palabras resultaron para mí tan enigmáticas que, dando pruebas de una torpeza desacostumbrada, me callé, limitándome a sonreír como un estúpido sin acertar siquiera ni a pronunciar unas palabras de disculpa.

—¡Oh, Albert! No te portes como un colegial cogido en falta. Ven —añadió cogiéndose de mi brazo—, tenemos que charlar mucho.

—Perdóname —le dije por fin—; el alcohol ha debido trastornarme un tanto. Bailemos, que eso no nos impedirá charlar. Me atraes demasiado para que permita verte esta noche con otro.

—Ahora te pareces más a ti mismo y, ¿tengo que decirte que estoy deseando complacerte?

Apenas había terminado de decirme esto cuando ya estábamos enlazados, moviéndonos lentamente entre todas aquellas parejas que no dejaban de hablarme deseándome buena suerte en mi nuevo empleo y en mi porvenir. Y tales interrupciones casi me molestaban, porque me había propuesto hablar detenidamente con mi pareja para aclarar del todo cuándo había podido conocerla, lo que me resultaba imposible teniendo que corresponder constantemente a aquellas muestras de afecto por parte de los invitados. En realidad no sé si era ésta la causa o era la extraña turbación que me producía la proximidad de su cuerpo y el delicado perfume que desprendían sus cabellos.

Para que no haya equívocos respecto a esta sensación diré que no se trataba de una reacción sensual, sino de una emoción especial, indefinible, que me atraía hacia ella como si acercándome más a su persona pudiera penetrar en el arcano de mi futuro, que intuitivamente presentía ligado al de ella.

La escasa conversación fue trivial. Recuerdo que me dijo que se llamaba Esther. Un nombre totalmente desconocido para mí.

La atmósfera se caldeaba por momentos y lo mismo sucedía con los ánimos de los que bailaban. Recuerdo las risas de todos y todas, el frenesí de la danza, el descorche de muchas botellas y las conversaciones alegres de los que no bailaban. Llegó un momento que estaba sofocado, igual que Esther.

—Albert —me susurró al oído—. ¿Quieres sacarme al jardín? Hace demasiado calor. Conviene respirar un poco de aire fresco.

Salimos al jardín. La noche era espléndida, templada y serena, con el cielo salpicado de estrellas que parecían observarnos llenas de curiosidad y picardía, y el ambiente lleno de la fragancia de las flores. Nos sentamos al pie de una secuoya, sobre un banco de piedra.

No pude evitar el impulso de rodear sus hombros con mi brazo. Ella volvió sus bellos ojos hacia mí.

—Albert —me dijo reclinando su cabeza en mi hombro—, hace tiempo que tenía el presentimiento de que nos encontraríamos. ¿Por

qué al principio estabas tan extraño?

Ahora ya no me parecía una desconocida y recordaba dónde nos habíamos conocido. Era fantástico, pero ya no tenía la menor duda. Esther era una de las personas que yo había visto en algunos de mis sueños.

—No lo sé —le contesté—, pero no pienses en ello. Piensa sólo en nuestro encuentro y en que no hemos de separarnos más.

¿Por qué ahora estaba enamorado de ella? Esto era un misterio. Sólo sabía que mi amor no me parecía tan repentino, sino más bien algo ya experimentado y gozado con anterioridad, por eso mis palabras salieron de mis labios con naturalidad, como si hubiésemos reanudado una conversación interrumpida hace tiempo. Explicarlo con claridad me resultaría imposible, porque, por otra parte, sabía que todo pertenecía al futuro, pero en aquellos momentos sólo me interesaba la maravillosa mujer que tenía a mi lado.

Hablamos largamente de nuestro amor, con el apasionamiento propio de nuestra juventud. Mientras tanto se iba amortiguando en mis oídos el rumor del salón, hasta que no llegué a percibir las risas que de vez en cuando llegaban a través de los árboles que poblaban aquella dependencia del hotel, ni el resplandor lejano que se percibía a través de los cristales de la puerta. Y de repente me di cuenta de que todo estaba cambiando. Un silencio absoluto nos envolvía y a nuestro alrededor todo era sombras. Había desaparecido la fragancia de las flores y la influencia purificadora del ambiente de las coníferas. Y el céfiro agradable y templado se estaba convirtiendo en un huracán que agitaba la negra cabellera de Esther. Pero el cambio apenas lo apreciábamos.

Yo tenía la impresión de que no estaba ya en Centreville, ni en California siquiera, y el brillo de los ojos verdes de ella me atraía poderosamente al mismo tiempo que el calor de su cuerpo, que exhalaba un suave aroma embriagador, ofuscaba mi mente. Hacía un rato que estábamos en silencio.

Ella lo rompió.

—Albert —me dijo en un susurro—, dame un beso.

Me incliné sobre ella y la besé. Nuestras miradas se encontraron en el momento en que sus labios se apretaban a los míos. Sentí una emoción muy agradable y el abismo profundo y misterioso que encerraban sus ojos verdes se abrió ante mí lleno de una dulzura y serenidad infinitas. Cerré los míos y experimenté la sensación de que me hundía en aquel abismo. De pronto todo empezó a girar alrededor de mí y mis fuerzas parecieron alejarse, invadiéndome una profunda languidez y angustia. Fue como si la vida misma me abandonase perdiendo el calor y los ánimos por momentos, hasta que, de repente, volvieron arrolladoramente y reviví para volver a apagarse el soplo enseguida. Esto se repitió varias veces, no recuerdo cuántas ni cuánto tiempo transcurrió. Lo que sí sé es que mis labios no dejaron de permanecer apretados a los de ella.

Tenía la impresión de que ya no estábamos sentados en el banco de piedra, que la ciudad y la Tierra entera giraban debajo de nosotros muy lejos y que el huracán nos llevaba velocísimamente a través de espacios infinitos.

De repente volví en mi estado normal.

Ya no estaba sentado. Estaba de pie y completamente solo. Esther había desaparecido, pero esto no me extrañaba lo más mínimo. No esperaba encontrarla a mi lado, ni tampoco ver a mi alrededor nada parecido al jardín del hotel ni al banco de piedra ni a la senda enarenada que serpenteaba entre los árboles. Ni eché de menos a mis amigos que antes bailaban en el salón.

Al mirar a mi alrededor esperaba encontrar exactamente lo que vi. Un paisaje fantástico que me hubiera parecido increíble si no hubiera estado completamente familiarizado con él.

CAPÍTULO III

LA EXPEDICIÓN TRÁGICA

AL decir que estaba completamente solo no he expresado bien la

realidad; me refería a la compañía de seres vivos. En cambio, a mi alrededor se amontonaban los cadáveres de mis desgraciados compañeros de armas. Mientras hacía esfuerzos desesperados por mantenerme en pie desfilaron por mi mente las espantosas escenas que acababa de presenciar y los antecedentes de la tragedia.

Hacía ya muchos siglos que la Tierra se había convertido en un planeta inhabitable por los seres humanos. Su enfriamiento progresivo había hecho aparecer los hielos en toda su superficie y las bajísimas temperaturas hacían imposible la vida. Era casi nulo el calor central y el Sol, en franco período de enfriamiento, no enviaba ya hasta allí sus rayos vivificadores.

El género humano comprendió que era necesario buscar otros horizontes y se produjo la primera emigración interplanetaria que recuerda la Historia. Primero se llegó al planeta Venus, en un esfuerzo por acercarse al calor solar, y después a Mercurio, donde la vida era ya posible.

Pero el enfriamiento del Sol se seguía produciendo y en Mercurio se presentaron los primeros síntomas de gelificación, pensándose seriamente en buscar una solución anticipada.

Era necesario, pues el proceso de solidificación del astro rey iba convirtiendo el sistema solar en un conjunto de planetas muertos, satélites de la estrella central en donde se estaba operando una gigantesca transformación.

Los científicos calculaban en unos cuantos cientos de años lo que podría resistir la Humanidad de aquel modo antes de desaparecer de la faz de Mercurio por el enfriamiento total. Pero mucho antes de que esto sucediera ya habíamos entrado en un período insostenible de guerras constantes entre nosotros mismos por la posesión de las zonas calientes de un planeta que era ya de por sí insuficiente. Necesitábamos con urgencia espacio vital y ese espacio vital no podía estar en otra parte más que en el Sol mismo. Se hicieron estudios sobre el particular y la ciencia afirmó que en el momento presente en que se vivía, la vida era posible en el Astro Rey.

En consecuencia, empezaron los preparativos para la Tercera Gran Emigración, cosa que unió de momento a todos los humanos, que olvidaron sus rencillas, y se estudió una posible colonización del Sol.

Yo recordaba perfectamente la primera expedición en la astronave *Dafne*, que había partido desde Mercurio unos años antes y de la cual no se volvieron a recibir noticias, dándosela por perdida. A bordo de la *Dafne* habían partido Walter Renfrew y cuatro investigadores.

Pero en estos momentos en los que hago el relato, yo sabía que la expedición no había fracasado, al menos en el sentido que se le había dado en Mercurio.

Renfrew acababa de demostrar que había sido un traidor y la comprobación había costado la vida de todos mis compañeros.

En efecto, debió estar al tanto de nuestro viaje desde que viera nuestra máquina cruzar el espacio cayendo en el Sol. Cuando aterrizamos sobre aquella desolada superficie se presentó él, solo, ante nosotros, a recibirnos. Nuestra emoción no tuvo límites. Éramos quinientos hombres dotados de armas modernísimas, con la misión de constituir una cabeza de puente capaz de resistir las embestidas de posibles enemigos y, al mismo tiempo, de subsistir en el Sol a pesar de las duras condiciones de vida. Se había abandonado la idea de mandar una misión puramente científica para sustituirla por una avanzada militar; aunque naturalmente, no faltaban entre nosotros los hombres de ciencia y los aparatos de observación y comunicación más modernos.

Después de los primeros momentos de emoción nos habló de él mismo y de sus compañeros.

—La *Dafne* se estrelló violentamente —nos dijo— por una avería de los dispositivos de desaceleración y quedamos totalmente aislados de Mercurio porque los aparatos de comunicación se destrozaron en el choque. Lo verdaderamente milagroso es que nosotros no perdiéramos la vida en el accidente, aunque nuestra situación era

desesperada.

—¿Y cómo han logrado ustedes subsistir hasta este momento? —preguntó el Comandante Holt, jefe de nuestra unidad.

—Gracias a las reservas de provisiones, agua, armas y municiones que venían en la astronave, y a que los mismos restos del aparato nos han servido de refugio. Afortunadamente no hemos necesitado de los trajes térmicos para altas temperaturas ni de los aparatos de respiración de oxígeno en escafandra, porque las reservas de energía y de gas eran mucho menos abundantes y sobre todo menos susceptibles de estiramiento. Como ven ustedes, aquí, aunque con dificultades, se puede resistir.

—¿Se encuentran muy lejos sus compañeros?

—No mucho de aquí. Pero ellos, aunque físicamente están bien, no se han encontrado con fuerzas para explorar los alrededores en busca de ustedes, pues ya nos habíamos percatado de la caída de un aparato transideral muy cerca. Pueden figurarse la impaciencia con que nos esperan.

Estaba casi desnudo y, ni por su aspecto ni por su expresión, llegamos a pensar que todo fuese una vil maniobra contra nosotros. El comandante, que era hombre de reacciones rápidas, decidido y valiente, dispuso enseguida la organización de una marcha de socorro. No sé por qué circunstancia dejó solamente unos pocos hombres en el aparato y dio la orden de emprender la marcha a toda la unidad. Al frente de la columna iba él al lado de Renfrew que, naturalmente, hacía las veces de guía. Yo iba inmediatamente detrás porque mandaba la primera unidad de Colonización Astral, así que podía cambiar impresiones con ellos.

—¿No han localizado ustedes alguna de las otras expediciones enviadas con anterioridad a la nuestra? Porque nosotros no hemos sido los primeros después de la *Dafne*, y no se recibieron noticias de ninguna de las otras. En Mercurio se dan por perdidos centenares de hombres y muchas toneladas de material.

—Hemos divisado en ocasiones la estela de algún aparato que

surcaba el cielo, presumiendo que vendría de allá, pero desgraciadamente desconocemos el punto de caída, que debe ser a muchísima distancia de aquí. Esta estrella es enorme y nuestro radio de acción es reducido. Con ustedes hemos tenido más suerte. Ahora, entre todos, será más fácil crear una colonia que pueda prosperar y preparar unas condiciones favorables para el grueso de la emigración. ¿Ha comunicado usted, comandante, con Mercurio, respecto del aterrizaje?

—Aún no se ha podido; los delicados aparatos de telecomunicación difícilmente resisten la violencia de la caída, a pesor de las precauciones, y tenemos unas ligeras averías en trance de reparación. Además, con los trastornos que origina la atmósfera del Sol para la difusión perfecta de las ondas, será algo laboriosa la localización de nuestras emisoras-receptoras de Mercurio, si es que se consigue.

Renfrew sonrió satisfecho. Pero ni el comandante Holt ni yo supimos comprender el siniestro significado de aquella sonrisa.

Caminábamos en columna, que era la formación que mejor se adaptaba a las características del terrero, pisando una masa semisólida, cristaloide y movediza, que de prendía un vaho caliente que nos sofocaba. Nos habíamos desnudado previamente de cintura para arriba y no necesitábamos ninguno de los molestos aparatos de aislamiento porque, como había asegurado nuestro guía, la atmósfera era perfectamente respirable y la temperatura, presión y otras características eran soportables. En cuanto a la fuerza de la gravedad era ligeramente superior a la de Mercurio, debido seguramente a la escasa densidad de los materiales que, menos consistentes según se avanzase hacia el centro del astro, compensaban el desmesurado volumen. Con respecto a la Tierra era bastante mayor, pero hay que tener en cuenta que hacía ya mucho tiempo que el género humano había tenido que adaptarse a diversas condiciones de vida.

El terreno ascendía lentamente y una bruma ardiente, sofocante por su temperatura tanto como por su sabor áspero y desagradable, nos envolvía.

Un sordo y lejano retemblor se percibía bajo nuestros pies. De pronto, y como si se tratase de una bandada fantástica de pájaros asustados, la bruma se elevó hacia el cielo con ruido sibilante y la visibilidad aumentó permitiéndonos ver muros de materia semiviscosa. Una sensación indefinible de aprensión me invadió en un momento en que nuestro guía volvió la cabeza y me sorprendió notar una expresión de crueldad y odio en aquellos ojos azules. Deseé con toda mi alma que todo hubiese sido mera aprensión, y en este momento el comandante Holt, previa indicación de Renfrew, mandó hacer alto a la columna.

Su potente voz de mando debió constituir una señal para los exóticos compañeros de Renfrew pues, mientras éste se apartaba de un salto de la proximidad de nuestro comandante, cientos de seres infernalmente monstruosos salieron de entre las mismas entrañas del terreno que nos envolvía, atacándonos violentamente.

Jamás había visto hombres tan espantosos. Algo más altos que nosotros por término medio, iban completamente desnudos enseñando un cuerpo rojo con forma sólo aproximadamente humana, pero no fija, ya que cambiaban constantemente de anchura, grosor, etc., al mismo tiempo que a cada movimiento despedían fuertes llamaradas que sonaban terriblemente. Sus ojos, nariz y boca eran confusos, al menos yo no los aprecié claramente. Eran hombres de fuego.

La escena fue extraordinaria. Increíble. Nos defendimos como pudimos y los pocos que logramos resistir el primer ataque echamos mano a nuestros rifles atomizadores, pensando en la superioridad que estas armas nos habían de dar sobre aquellos endemoniados enemigos que iban armados solamente con toscos garrotes de Dios sabe qué material.

Pero, en medio de la general desesperación, las descargas atómicas no hicieron mella en aquellos monstruos. Al contrario, cuando alguno de ellos la recibía experimentaba un acceso de rabia infinita y repartía mortíferos golpes que abrían enormes y sangrientos claros en nuestras líneas. Veía abrirse los cráneos de mis

compañeros ante los tremendos impactos. Ninguno de los que caían quedaba con vida, porque la proporción era de uno contra ocho o nueve en contra nuestra y antes de ser abatidos totalmente eran bárbaramente rematados.

El comandante Holt cayó de los primeros, y, por una extraña casualidad, hubo unos momentos de confusión en los que yo no fui atacado.

Comprendí que mi fusil no iba a serme útil disparando, lo empuñé por el cañón y me dispuse a la defensa desesperada. Un tremendo hombre llameante se me echó encima. Paré el golpe de su garrote y logré asestarle otro en la cabeza con la culata de mi arma, esperando herirlo gravemente. ¡Vano esfuerzo! Aquella cabeza se hundió bajo el impacto, pero enseguida recuperó su forma primitiva. Eran tejidos blandos que apenas ofrecían resistencia.

Flameando sibilante su cuerpo, enarboló el garrote y lo vi descender vertiginosamente sobre mi cabeza. Sólo tuve tiempo de parar la violencia del golpe con mi rifle, que se partió. Pero, por fortuna, logré amortiguar la fuerza y eso me salvó la vida. Mientras caía y antes de perder completamente el sentido, vi que mi enemigo era atacado por dos de mis compañeros y, en la lucha, se alejó de mí lo que me salvó de ser rematado. Y también entreví borrosamente a Walter Renfrew que sonreía con satisfacción dirigiendo a los suyos desde un montículo. Enseguida perdí el sentido.

Éstos eran mis desagradables recuerdos. Ahora veía a mi alrededor cientos de cadáveres humanos con los ojos abiertos y vidriosos mirando al cielo. La sangre inundaba el suelo movedizo y caliente que, ahora, en suaves ondulaciones, sacudía los miembros rígidos en una danza macabra espeluznante. Yo mismo estaba cubierto por la sangre de los que cayeron encima de mí y a quienes hube de apartar para incorporarme.

La bruma roja lo invadía todo y los muros existentes a mis dos costados empezaron a moverse acercándose entre sí y amenazando con aplastarme. De Renfrew y sus aliados no se veía ni rastro.

Comprendiendo la horrible muerte que me esperaba, corrí a ciegas saltando por encima de los muertos. Tenía una vaga idea de la dirección del lugar donde quedó la astronave. En ella habían quedado unos cuantos de mis soldados y grandes cantidades de material y víveres que constituían mi única esperanza de sobrevivir.

Pero no corría lo suficiente y las masas se iban acercando, tragándose materialmente los cadáveres que me rodeaban. Ya sólo quedaba un estrecho pasillo cuyo suelo estaba constituido por carne humana sin vida y trozos de ropas ensangrentadas. De vez en cuando me hería en las piernas con agudas esquirlas de las culatas de los fusiles rotos.

Ya sólo me faltaban unos metros para conseguir verme libre y me tiré en plancha hacia la extensión abierta, al tiempo que las dos enormes masas semisólidas y calientes se cerraban sobre mi cuerpo. Mi pie izquierdo fue aprisionado y caí de bruces al suelo, sintiendo que algo me oprimía la extremidad, hasta que, haciendo un extraordinario esfuerzo, logré sacarlo para volver a perder el sentido a los pocos momentos.

Cuando lo volví a recobrar continuaba echado sobre el suelo y tenía las vías respiratorias abrasadas por aquel aire caliente y viciado de gases. A mi espalda ya no quedaba nada de lo que antes había constituido el desfiladero; a lo sumo, un promontorio ligero, debajo del cual habían quedado sepultados los soldados.

En un claro de aquella bruma y muy lejos vi el casco de nuestra astronave. Un intenso alivio inundó mi alma y después de levantarme, emprendí la marcha hacia donde imaginaba encontrar la seguridad.

He de hacer constar que si pude soportar las durísimas condiciones de vida de la gran estrella fue gracias a la fortaleza adquirida por el género humano. Ya he dicho que la Tierra hacía mucho tiempo que era un planeta muerto y los hombres habitaron sucesivamente Venus y Mercurio, planetas ambos muy próximos al Sol y en donde al principio reinaba una temperatura elevadísima. Después, con los enfriamientos, hubo períodos de glaciación en

anchas zonas, y entre unas y otras circunstancias, la Humanidad, para sobrevivir, tuvo que curtirse, por así decirlo, haciéndose sumamente resistentes los individuos. Los antiguos de la primera Era Atómica, por ejemplo, hubieran muerto al poco rato de pisar la superficie solar, aun suponiéndola en iguales condiciones de enfriamiento de hoy.

Para recorrer los escasos metros que me separaban de la astronave hube de realizar un esfuerzo titánico. El suelo se abría ante mí en grietas enormes que luego perdían sus bordes agudos para convertirse en suaves ondulaciones que me hicieron caer repetidas veces rodando; las emanaciones gaseosas, ahora amarillas y verdes, ascendían silbando hasta perderse muy arriba. Mi objetivo lo perdí de vista para volverlo a localizar en otro sitio distinto del que esperaba, hasta que llegué a él y logré penetrar en su interior.

Una escena de muerte y de desolación encontré delante de mis ojos. Toda la maquinaria estaba hecha pedazos y los generadores de energía, así como las cámaras de combustión y tubos de propulsión, se encontraban completamente inútiles. De las enormes reservas de materia escindible no quedaba ni un gramo y todo el material de guerra, los víveres y todo lo que podía ser de alguna utilidad había desaparecido.

Y en medio de aquellas ruinas asomaban jirones de carne ensangrentados que dejaban al descubierto los huesos convertidos en astillas, que era todo lo que quedaba de los que se quedaron en el bólido.

Estaba sólo en la superficie del Sol. Solo y sin un gramo de comida, ni de agua, ni medio alguno de liberación. Por unos momentos me invadió una sorda desesperación, pero mi temperamento se impuso y reaccionó.

Sentado en lo que quedaba de uno de los sillones antirreacción de la cabina de mandos, consideré la situación.

Era necesario alejarse de allí, pues no podía resistir la vista de aquellos restos humanos que, por otra parte, no me sentía con fuerzas para recogerlos de entre los escombros y darles cristiana sepultura.

Pero antes de huir debía procurarme un arma, algo que me sirviera, al menos, para conseguir caza, si es que existía, o defenderme de posibles ataques. Y además, tenía que orientarme, pues era evidente que Renfrew y sus aliados habitaban en algún lugar donde había alimentos, agua y unas condiciones de vida aceptables, pues aquel canalla, por lo que yo había visto, no tenía aspecto de haber padecido grandes calamidades. Al contrario, su cuerpo atlético parecía estar en buen estado físico y sus ojos eran los de un hombre sano. En algún lugar, el panorama no era tan desolado como el que en aquel momento me rodeaba y un oasis así debía encontrarlo, si es que quería seguir viviendo.

Recorrí todos los departamentos buscando algo que hubiera escapado de la general destrucción. Por lo pronto, cogí una barra de hierro, que podía servir de arma contundente, y la sujeté como pude a mi cinturón; seguí buscando y encontró un par de gemelos prismáticos de gran potencia, con los que podía intentar romper las eternas brumas rojas a una considerable distancia. Me costó una verdadera lucha moral apoderarme de ellos, porque estaban debajo de las entrañas humeantes aún de uno de los oficiales de la tercera compañía. Naturalmente, yo había tenido los míos, pero los perdí en la refriega y Dios sabe dónde se encontrarían.

En la sala de armas portátiles hice otro hallazgo que había escapado de la razzia por haber quedado debajo de una chapa de metal que, al retorcerse, lo cubrió por completo aprisionándolo. Me costó buen trabajo liberarlo, pero al fin me hice con él. Era un lanzallamas del último modelo, muy ligero y manejable, pero que lanzaba un dardo de fuego a gran distancia, siendo capaz de carbonizar en un momento y con sólo rozarlo un edificio de dos pisos a más de trescientos metros de distancia.

Al hacerme con él me asaltó la duda de si semejante arma podría servir de algo contra unos seres de la naturaleza de los que nos habían atacado. Por si acaso decidí conservarlo en mi poder.

Algo más optimista por la posesión de aquellos elementos subí hasta la parte superior de la astronave, salí a su exterior y caminé por

encima de su casco. Por haberse hundido algo en el suelo había afirmado su posición y no se movía. De lo contrario, me hubiese precipitado al vacío forzosamente.

Una vez en lo más alto utilicé mis prismáticos echando un vistazo a mi alrededor y estuve a punto de soltar una exclamación de júbilo. A lo lejos, y claramente visible a través de los cristales, vi un verdadero oasis. Se trataba de una formación de plantas carnosas, dotadas de curiosos movimientos parecidos a palpitaciones, de gran tamaño y de color que variaba del rojo al amarillo. Algunas se hinchaban monstruosamente para luego contraerse con violencia y despedir fuertemente un líquido que me pareció agua. Entre ellas caminaban unos animales extrañamente normales, dadas las características de todo lo que había visto hasta entonces. Se parecían a las tortugas terrenales, sólo que su caparazón era blando y movible y, de vez en cuando, mordían con satisfacción los carnosos tallos que retrocedían al ser heridos. Por lo demás parecían enteramente inofensivos. Miré el indicador de distancias de mis gemelos que señaló diez kilómetros desde aquel oasis al lugar donde me encontraba. Una remota esperanza de seguir viviendo anidó en mi corazón, y desde aquel momento pensé en acercarme a tan extraño sitio con el deseo de agarrarme a la vida hasta que Walter Renfrew pagara sus crímenes.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IV

DE MERCURIO AL SOL

Heliosburg (en el Sol). Año convencional de 7531.

Recuerdos de Esther.

TENÍA yo dieciséis años cuando empezó la maravillosa aventura. Ya no recuerdo exactamente el día; sólo sé que en aquella época yo era una jovencita criada con mimo y muy consentida. Mi padre, Karl Vosmaecker, me mantenía en un ambiente cómodo gracias a su posición desahogada y se desvivía por procurarme todo lo que el dinero podía conseguir. Él era una autoridad en Astronomía y su cargo

de Director del Centro de Investigaciones Astrales de Nueva Washington, capital de la Federación Terrenal de Mercurio, estaba muy bien retribuido aparte de que también era ingeniero metalúrgico y había cobrado buenas sumas por la explotación de las patentes de algunos inventos. Ambas ciencias habían cobrado una importancia extraordinaria en aquellos tiempos.

Nunca me dijo nada del gran proyecto que el Gobierno pensaba llevar a la práctica ni de su nombramiento para tomar parte en la expedición al Sol, en unión de Mr. Walter Renfrew y tres sabios especializados en distintas materias, para estudiar allí las posibilidades de vida.

Tampoco recuerdo cómo me enteré de ello; creo que fue por la recopilación de detalles cogidos aquí y allá. Lo cierto es que enseguida pensé en acompañarle en su viaje porque él era todo lo que tenía en el mundo y, hasta entonces, jamás nos habíamos separado, aparte de que por mi edad no me parecía descabellada la aventura. Debo aclarar, además, que mi temperamento era audaz y gustaba de correr riesgos, cosa ésta un poco rara en una muchacha.

Pero mi padre en este punto se mostró inflexible, y mi decisión de acompañarle me hizo cavilar no poco para ver el medio de introducirme y ocultarme en el bello aparato que era la astronave donde iban a viajar.

Hubo, además, otras causas que me inclinaron con más fuerza hacia el viaje. Entre ellas la más importante fue la personalidad de Mr. Renfrew.

Era un hombre atractivo, joven, pues no tendría más allá de los treinta años, y desde el primer momento en que le conocí me causó una fuerte impresión. Esto era natural teniendo en cuenta que yo estaba en la edad propicia para sentirme atraída por un hombre mucho mayor que yo, y más siendo fuerte y enérgico como él. Total, que mi deseo de lanzarme a la aventura se hizo completamente irresistible.

Un día, mi padre me sorprendió intentando abrir uno de los

cajones de su mesa de despacho donde guardaba las comunicaciones del Gobierno.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Nada, papá —contesté mientras buscaba velozmente una excusa apropiada al caso. Pero él no me dejó.

—Ya te he dicho muchas veces que no curiosees en mis cosas. ¿Por qué no te vas a jugar con tus amigas?

—Papá —le dije adoptando de repente una decisión—, ya sé todo lo del viaje que vas a emprender. Quiero ir contigo; ¿por qué no me llevas?

—¿Qué dices, criatura, estás loca? Ya me estás diciendo de dónde has sacado eso.

—Pero papá —protesté—, ¡si tú mismo me dijiste algo de ello! Ya sé que vas a llegar hasta el Sol en compañía de Mr. Renfrew y con alguien más y no quiero quedarme sola aquí.

—¿Renfrew? ¿Ésa es la causa de tus deseos de reñir?

Debió de enfadarse mucho por esta idea, porque me repitió muy airado que no se me ocurriera decir semejante cosa y mucho menos repetir lo que sabía por ahí. Era tan contrario a su manera de ser el adoptar aquella actitud que se me saltaron las lágrimas. Aquel día no se me quitó la morriña.

Pero nada me detuvo en mi propósito, y cuando la astronave *Dafne* despegó de Mercurio, ni mi padre ni Renfrew, así como tampoco ninguno de los señores MacDougald, Hillis y D'Angelis que componían el resto de la expedición, se imaginó que viajaba con ellos. Cuando el aparato estaba ya en medio del vacío sideral y era imposible retroceder, hice mi aparición ante ellos. La sorpresa fue general.

—¡Esther! —clamó mi padre asombrado—. ¡Te saliste con la tuya!

Por unos momentos no supo qué decir de pura sorpresa, mas

pronto reaccionó. El viaje debía tener una importancia extraordinaria porque, de nuevo, le invadió la ira.

—¡No te has de burlar de mí! ¡Te has de acordar de tu hazaña!

—Déjela, Mr. Vosmaecker —terció Renfrew sin volver la cabeza desde su sillón de piloto—. Al fin y al cabo es una novedad sin mucha importancia.

—¿Sin importancia? —exclamó Chester MacDougald, un hombrecillo de pelo canoso y gesto agrio—. Será sin importancia para usted. Francamente les diré que presiento que la intromisión de esta jovencita ha de traer consigo consecuencias desagradables.

—¡Qué timorato es este hombre! —exclamó Frank Hillis, un hombretón de casi dos metros de altura—. ¿No ve usted que nos la va a asustar? Ven aquí, pequeña —añadió dirigiéndose a mí—, celebraremos tu llegada.

El optimismo de este hombre era contagioso. Así que logró resolver la embarazada situación que mi presencia había planteado. Al poco rato ya estaba mi padre completamente calmado y, entre todos, me iniciaron después en las maravillas de la astronave. Solamente Ludovico D'Angelis, un sabio de antepasados italianos, delgado, moreno y de movimientos nerviosos, demostró una fría indiferencia ante los acontecimientos.

Durante los días que siguieron, este hombre me resultó antipático, lo contrario de Renfrew que cada vez me resultaba más encantador. Presentía que mis pensamientos iban a girar alrededor de su persona a todas las horas del día y de la noche. Mi padre, dándose cuenta de esta inclinación, procuraba apartarme de su presencia, cosa verdaderamente difícil en el reducido espacio disponible. Se mostraba completamente conservador, pero seguía siendo maravillosamente bueno. No obstante, había acertado cuando dijo que me acordaría, bien a mi pesar, de la decisión de acompañarle. Mas no por lo que él pensaba, sino por la serie de trágicos acontecimientos que habían de venir después.

* * *

Transcurrieron muchos días felices para mí. Todo lo que me rodeaba era maravilloso. Jamás había contemplado tanta belleza como la que admiraba a través de las cerradas escotillas de la astronave. El espacio infinito, pleno de solemnidad y quietud. Los meteoritos que pasaban silenciosamente cerca de nosotros, la imagen de Mercurio, grande y majestuosa en medio del vacío y la de la Tierra, allá a lo lejos, brillando más débilmente mientras que la del Sol se iba haciendo insensiblemente mayor, constituían un verdadero sueño de armonía, grandiosidad y belleza.

Y Walter y yo en medio de todo. Tenía mucho tiempo libre, porque mi padre, como D'Angelis, MacDougald y el mismo Renfrew tenían tarea constante con los complicadísimos aparatos que manejaban. Solamente el tremendo Hillis, cuyos conocimientos debían entrar en funciones una vez verificado el aterrizaje, tenía mucho tiempo libre que gustaba dedicármelo. No era antipático y yo seguía sus explicaciones aprendiendo muchas cosas que desconocía sobre lo que me rodeaba.

¡Cómo recuerdo aquellos días! Porque entonces era una chiquilla sin más ilusiones que la de disfrutar de todo lo que iba encontrando en mi vida que fuera nuevo e interesante. Del amor nada sabía como no fuera la atracción de Renfrew que me hechizaba por completo. Ahora las cosas son muy distintas.

¿Cuánto tiempo hace que aterrizamos en el Sol? Creo que son ya varios años los que llevamos viviendo en esta estrella donde reina un día eterno y en medio de un ambiente exótico, caluroso, fantástico, donde constantemente exhala el suelo esas enormes llamaradas de gases incandescentes que caen en forma de abanico. Comprendía la locura que había cometido, pero lo hecho ya no tiene remedio. Quizá todo sea el desarrollo de unos acontecimientos dispuestos por el Destino.

Pero antes del aterrizaje sucedieron muchas cosas en el interior del aparato que originaron acontecimientos graves. Forzosamente he

de hablar de ellas.

A medida que nos acercábamos al Sol, cambiábamos en nuestra manera de ser de un modo progresivo y misterioso, de tal modo que cuando faltaban unos días para la caída, podía decirse que no éramos los mismos que al despegar. Creo que fue la influencia del Astro Rey o alguna potencia extraordinaria que se introdujo en el interior de la *Dafne* lo que nos cambió.

Renfrew ya no era aquel hombre apuesto y agradable de antes. Su mirada se había hecho hosca y maliciosa. Empezó a causarme miedo por la extraña penetración de sus ojos azules, tras de los cuales se notaba un fondo de maldad. Empecé a darme cuenta de que el mal se estaba apoderando de él y que sus intenciones respecto a mí eran perversas.

Pero enseguida empecé yo misma a sentir unos deseos irrefrenables que me impulsaban hacia él y empecé a hacer lo que hasta entonces jamás se me había ocurrido. Le buscaba por todas partes y correspondía a sus sonrisas con atrevidas insinuaciones. No sé qué demonio misterioso se había apoderado de mí.

Mi padre no dejó de darse cuenta de ello. Creo que, en circunstancias normales, jamás hubiera permitido que me portase así, pero entonces, y con gran satisfacción por mi parte, no pareció importarle gran cosa. En cambio, cualquiera otra acción mía, por insignificante que fuese y que representase una alteración de las costumbres adoptadas, provocaba en él una explosión de ira verdaderamente desproporcionada, llegando hasta pegarme.

Estas escenas eran contempladas con indiferencia por el frío D’Angelis e incluso por MacDougald, que empezaron a disputar constantemente por nimiedades, llegando a veces a propinarse golpes de consideración hasta el punto de que MacDougald, que era el más débil, tuvo que retirarse en varias ocasiones a su cuarto mientras sangraba abundantemente por la nariz.

En cambio, Hillis, y el mismo Renfrew, no asistían a mis palizas con aquella impasibilidad y, aunque al principio no obraban en ningún

sentido, yo sentía sus miradas fijas en mi padre con instintos asesinos.

Una de las veces Hillis se decidió a actuar.

—¡Déjela en paz, Vosmaecker! —exclamó excitado—. ¿No ve que no ha hecho nada? —Su vozarrón atronaba el reducido espacio de la cabina.

Yo me revolvía furiosa, aunque mis sentimientos de amor y sumisión seguían dominándome y podían más que la ira producida por la injusticia de que se me hacía objeto, pues mi falta había sido insignificante.

—¡Métase en lo que le importe, Hillis! —contestó mi padre—. Ya me está hartando usted y su eterna protección hacia mi hija. —Y diciendo esto me propinó otro par de bofetadas.

—¡Basta ya! —rugió el otro abalanzándose sobre él y dándole un puñetazo en el mentón que le hizo soltarme y caer. Enseguida los dos se enredaron en una furiosa discusión.

—Abusa de su fuerza, Hillis —oí decir a mi padre—. Pero no crea que lo olvido. Le juro que me las pagará. —Y su expresión se tornó en maligna, cosa que era la primera vez que le sucedía, por lo menos que yo recordara.

Yo, mientras, llorosa y llena de rabia, corrí a refugiarme en brazos de Walter Renfrew que era el tercer ocupante de la cabina, pues en aquel turno correspondía descanso a MacDougald y a D'Angelis. Él me recibió, abrazándome contra su pecho, mientras cubría de besos mis mejillas y mi cabellera.

—¡Pobrecita mía! —murmuró a mi oído. Aquellas palabras me parecieron una melodía dulce y embriagadora. Correspondí a su abrazo apretándome más contra él.

Escenas de aquéllas abundaron a partir de aquel momento cada vez con mayor violencia, sobre todo cuando los que se enfrentaban por mi culpa eran Walter y el corpulento Hillis, pues éste último empezaba a sentir por mí unos deseos tan fuertes como el otro. Esta

rivalidad hacía que las peleas se tornaran verdaderamente peligrosas. Y lo peor era que yo asistía a ellas con placer sintiendo por Hillis un interés nuevo, e incluso llegué a multiplicar mis atenciones hacia Walter con el exclusivo objeto de provocarlas.

Normalmente yo velaba en el mismo turno que los tres, en igualdad de condiciones con Hillis, es decir que no teníamos misión determinada ninguna, así que cuando todos nos retirábamos a descansar la cabina quedaba ocupada por los otros dos, D'Angelis y MacDougald. Por eso no veía a estos dos últimos más que en el rato que todos coincidíamos antes de hacer el relevo. Estos ratos, a veces largos, fueron suficientes para darme cuenta de que ellos estaban igualmente dominados por el espíritu maligno que se había infiltrado en todos nosotros. No sé cómo la *Dafne* pudo seguir el rumbo verdadero con todas estas discusiones y peleas de quienes debían conducirla. Pero lo cierto es que, en este aspecto, el viaje se desarrollaba normalmente. Un día, muy próximo ya el aterrizaje, cometí la locura mayor, la que acarreó toda la tragedia posterior.

Había permanecido un buen rato al lado de Renfrew mientras él conducía la astronave desde un sillón. Mi padre ocupaba el suyo y estaba atento a los aparatos cuya observación le correspondía. Hillis deambulaba nervioso por la cabina sin despegar su mirada de Walter y yo que, en un susurro, manteníamos una conversación de la que me hubiera avergonzado si las circunstancias hubieran sido las normales.

Llegó la hora del relevo, antes de la cual ya D'Angelis y su inseparable compañero se presentaron charlando con Hillis antes de hacerse cargo de la dirección. La charla distrajo algo a éste último de nuestra contemplación.

Por fin se entregaron los mandos y Walter se levantó cogiéndome las manos mientras ellos se sentaban.

—Hasta luego, querida —me dijo con una entonación que encerraba malignas posibilidades. Luego se inclinó susurrándome al oído—. Te espero en mi camarote dentro de dos horas.

—¡No faltaré, Walter! —le contesté.

Así empezó todo. Sabía que dentro de dos horas tanto mi padre como Hillis estarían dormidos y no me costaría gran trabajo salir a la cabina, cruzarla y acudir a la cita, pues los otros dos hombres que en aquel momento estarían despiertos y en sus puestos, maldito el caso que harían a todo lo que pudiera suceder ajeno al manejo de los mandos de la *Dafne* o, si acaso, a sus rencillas particulares, aparte de que para hacer la maniobra tenía que pasar a sus espaldas. Y no falté a mi palabra. Al cabo de dos horas me encontraba en el camarote de Walter que me recibió con ansiedad. Fue el primer beso de amor, largo y apasionado, que recibía a solas con un hombre. La estancia estaba oscura y no sé lo que hubiera podido suceder, mas los acontecimientos se desarrollaron veloz y trágicamente.

La puerta, de repente, se abrió dando un portazo y la gigantesca figura de Hillis apareció en el umbral mientras la luz de la cabina entraba débilmente.

—¡Canalla! —gritó saltando sobre Renfrew—. ¡Va usted a pagar caro lo que está haciendo!

—¡Cállese! —la voz de Walter resonó como un trallazo mientras se ponía de pie y me empujaba a un lado interponiéndose en la trayectoria del otro.

—Es usted un cerdo, Renfrew —dijo aquél mientras su puño derecho golpeaba contra la mandíbula de su adversario, que vaciló un momento antes de dirigirse a un armario metálico existente a su izquierda y que estaba abierto de par en par.

Hillis se volvió de aquel lado y alcanzó con la punta de la bota, provista de clavos, el cuerpo del otro, que aguantó el golpe soltando un quejido. Haciendo un esfuerzo logró conectar un golpe a la cara mientras con la otra mano alcanzaba algo que había en el armario.

Tal era el dramatismo de la escena, que yo asistía a ella sobrecogida de espanto y deseando evadirme de aquella situación que yo misma había creado.

La mano de Renfrew salió de la oscuridad del interior del armario armada con una pistola atomizadora mientras las manos de Hillis, que

ya habían conseguido rodearle el cuello, apretaban congestionándole el rostro. Walter apoyó el arma en el vientre de Hillis mientras hacía esfuerzos por respirar y apretó el gatillo.

La explosión se amortiguó por la proximidad del cuerpo y vi cómo la víctima se iba desintegrando, llenando la estancia de un fuerte olor a carne quemada, mientras el matador se libraba con extraordinaria rapidez de las manos que le atenazaban el cuello, con el doble objeto de poder respirar con normalidad y de no sufrir los efectos de la desintegración por contacto con el cuerpo muerto del otro.

Cuando hubo terminado me miró; fue tanta la maldad que emanaba, que me levanté aterrorizada precipitándome hacia la puerta, saltando por encima de aquel montón de carne que había sido un hombre.

—¡Perra! —oí gritar a mis espaldas; y sentí su presencia detrás intentando cogerme antes de que llegara a la cabina en mi loco intento de escapar a las consecuencias de todo aquello.

MacDougald y D'Angelis, ante lo extraordinario de aquella escena, se volvieron sorprendidos y antes de los cinco segundos siguientes, sucedió una pequeña hecatombe. Estaban transcurriendo unos momentos decisivos del aterrizaje, que se había adelantado a lo previsto, y la sorpresa de los dos hombres les hizo perder el control del aparato el tiempo suficiente para que, cuando quisieron reaccionar, ya era tarde y nos precipitamos vertiginosamente hacia la superficie del Sol.

Hubo ruido de objetos hechos añicos, me sentí lanzada contra algo duro y recibí tan fuerte golpe que perdí la noción de las cosas.

CAPÍTULO V

LUCHA HOMICIDA

¿CUÁL fue la causa de todas aquellas cosas tan descabelladas que se habían sucedido en el interior del aparato? Indudablemente fuimos dominados por algo muy anormal, un impulso misterioso

inexplicable que nos llevó a cometer acciones ajenas a nuestras inclinaciones naturales. No negaré que Walter Renfrew había ejercido sobre mí, desde el primer momento en que le conocí, una atracción irresistible, y que esta atracción me había llevado en parte a emprender la aventura. Esta acción no pretendo cargársela a influencias nefastas y misteriosas. Pero de ahí a las vergonzosas escenas que acababan de desarrollarse existía un abismo que sólo debe ser imputado a causas extraordinarias. Y cuento en apoyo de esta teoría la conducta de mi padre y de los otros viajeros de la astronave, igualmente anormal.

Pero, ahora que era todo un hecho consumado, había desaparecido de mí toda influencia y me daba perfecta cuenta de la gravedad de mis actos que habían traído la tragedia en el interior del aparato. Quizá fuera la vista de la sangre vertida lo que tuvo toda la virtud de devolverme a mi estado normal.

¿Y Renfrew? También a él le había acometido aquella fiebre maligna, porque no creo que corrientemente fuera capaz de hacer todo lo que hizo. Mas quizá la manera de ser bajo la que yo le había conocido fuera la consecuencia de la vida regular y amante de los convencionalismos de nuestra sociedad, y en cambio allá, en medio de los espacios siderales, se dejara llevar de sus verdaderos instintos, aparte de las demás influencias. ¿Quién lo sabe? Lo cierto es que había demostrado poseer una dureza de sentimientos y una maldad dignas de otra clase de hombre, muy distinta a lo que yo creía.

No sé si clasificar a éste como mi primer desengaño amoroso, pues dudo en calificar de amor aquello, dada mi edad y el verdadero desconocimiento que tenía sobre la materia. Creo, más bien, que todo fue un espejismo de adolescente, lo que es mucho más preferible.

Sobre mi padre no creo necesario repetir que su conducta dentro de la astronave fue completamente irregular; sólo diré que era normalmente un hombre amable, encantador y completamente incapaz de toda violencia grave. Sus dos amores eran, desde que falleciera mi madre, su hija y sus investigaciones, pensando siempre en el porvenir de la Humanidad. No puedo concebir su indiferencia

ante los galanteos de Renfrew ni su frecuente irritación ante hechos sin importancia.

Él mismo me explicó más tarde la acción irritante de las radiaciones de la fotosfera que posiblemente consiguieran penetrar a través del casco de la astronave, a pesar de que había sido construido teniendo en cuenta esta posibilidad pero sin conseguir aislarlo por completo. Esto quizá se consiguiese dentro de unos años. Mas eran suposiciones y teorías. Lo único cierto es que en la superficie solar esta influencia desaparecía enteramente y que la verdadera naturaleza de aquel fenómeno era un misterio.

En cuanto a D'Angelis y MacDougald, casi no les había conocido con anterioridad, por lo que me abstengo de hacer afirmaciones que pudieran resultar equivocadas, pero creo que su conducta tuvo que ser anormal igualmente o de lo contrario había convivido con dos seres realmente raros.

A partir de entonces las cosas empezaron a desarrollarse de un modo sorprendente, totalmente inesperado y fui protagonista de unos hechos que sobrepasaron todos los que hubiera podido imaginar en ningún sueño. No creo que al volver a nuestra verdadera manera de ser hubieran podido volver las cosas a sus cauces, porque ya se había cometido un asesinato en el interior de la *Dafne* y la suerte estaba echada.

* * *

Cuando recobré el conocimiento me encontré sentada en el suelo mientras mi padre me atendía solícitamente. Tardé unos segundos en rememorar lo que me había sucedido y luego miré a mi alrededor.

La astronave había quedado empotrada en el suelo, relativamente cerca de donde estábamos todos y claramente se veía que había quedado gravemente averiada. Alrededor de nosotros una niebla ardiente y rojiza nos sofocaba. Entre sus vaharadas distinguí a Renfrew en pie frente a mi padre y yo, mientras D'Angelis y MacDougald, un poco más a nuestra izquierda y también de pie, le miraban fijamente en actitud airada.

Aquel miserable nos tenía cubiertos por los cañones de dos pistolas atomizadoras que empuñaba, una en cada mano.

—Renfrew —le dijo D'Angelis poseído de un sentido de la justicia que en él hasta entonces había sido desconocida para mí—, más le vale entregarse. Ha cometido usted un asesinato en la persona de Hillis, pero existen atenuantes de importancia. No sea loco, no complique más su situación. Aquí no existen representantes de la justicia, pero tarde o temprano llegarán otras expediciones, o regresaremos, y no debe convertirse en un proscrito.

—Yo en su lugar no pensaría en mi situación y empezaría a preocuparme por la suya propia, D'Angelis —contestó Renfrew fríamente—. Es usted un optimista y no se da cuenta de que jamás podremos volver a Mercurio en ese cacharro. —Señaló con un gesto la astronave—. De la desgracia de Hillis nadie se enterará por ustedes.

—No diga barbaridades —terció MacDougald—. Ya le ha dicho D'Angelis que llegarán más aparatos llenos de gente y no podrá escapar a la justicia.

—¿Y creen ustedes que voy a esperar tranquilamente a que eso suceda? No sean idiotas. Ya sé que vendrán más, pero ésos sólo sabrán mi versión particular sobre lo sucedido. Hasta es posible que vuelva a Mercurio convertido en un héroe y me concedan una medalla.

—Eso no sucederá mientras nosotros vivamos, Renfrew —dijo D'Angelis apretando los dientes.

—¡Usted lo ha dicho! Tal cosa no sucederá mientras ustedes vivan, así que me veo precisado a hacerles desaparecer. Creí que se habían dado cuenta ya.

Una palidez mortal cubrió el rostro de ambos hombres. Imagino que a mí me sucedería lo propio, pero no podía verme a mí misma y mi padre ya lo estaba desde que me viera inconsciente del golpe. Creo que él no se había dado cuenta perfecta de todo lo sucedido, del golpe que tenía en la cabeza ni de sus ropas destrozadas, pues no

dejaba de acariciarme con cariño ansioso por comprobar que, afortunadamente, no tenía nada de importancia. Al principio debió creer que el golpe me había matado.

El menos afectado por la colisión era Renfrew, pues no tenía más que algunos arañazos en la cara, mientras que los otros dos tenían el rostro lleno de sangre. Pero tampoco parecían conceder gran importancia a ello ante las amenazadoras bocas de fuego que les cubrían.

De pronto se oyó un ruido sordo debajo de nosotros y el suelo empezó a temblar. Fue lo suficiente para que todos estuviésemos a punto de perder el equilibrio, o mejor dicho, de que lo perdieran los que estaban de pie.

El momento fue aprovechado por D'Angelis, que se lanzó en plancha sobre Renfrew al notarse fuera de la línea de tiro de las pistolas. MacDougald le imitó al segundo.

Las dos pistolas dispararon y las balas atómicas se perdieron en la fotosfera. Vi crisparse de rabia el rostro enrojecido de Renfrew ante aquella eventualidad y reconocí otra vez el brillo homicida de su mirada cuando se aplomó para disparar de nuevo con más puntería. Todo fue en una fracción de segundo.

Su mano derecha fue certera y el proyectil se hundió en la cabeza de MacDougald que se desplomó, abrasándose con rapidez.

La bruma roja me impedía a ráfagas ver con claridad, pero noté cómo D'Angelis hacía impacto con su puño derecho en el estómago del asesino que se retorció de dolor mientras una bala pasaba por encima de la cabeza del italiano. Todo esto lo contemplé impasible sin darme cuenta de que aquel proyectil que pasó muy cerca del casco de la *Dafne* pudo causar la destrucción de todos nosotros si acierta a llegar al generador atómico liberando de un golpe toda la energía.

D'Angelis, en su desesperación, consiguió hacer soltar a Renfrew una de las pistolas que cayó al suelo, y entonces empezó una lucha titánica por su parte para defender su vida castigando el cuerpo de su adversario. Tenía agarrada con una mano el arma de Renfrew y se

valía de la otra para descargar golpes.

Su enemigo se esforzaba en inclinar la pistola de modo que el disparo le alcanzase, pretendiendo al mismo tiempo librarse de su contacto, pues en semejantes circunstancias el tiro podía resultar peligroso para él mismo. A pesar de esta circunstancia que tendía a equilibrar las fuerzas, comprendí que todas las probabilidades de éxito estaban de parte de Renfrew, pues mientras el otro era un hombre ya maduro, aunque fuerte y nervioso, él era más joven y más entrenado en la lucha. Por ello calculé que el italiano duraría poco.

Mi padre, entonces, se hizo cargo de la situación reaccionando instantáneamente.

Se levantó, y tirando de mis manos hasta ponerme de pie, echó a correr arrastrándome materialmente. El terror le dominaba.

—¡Corre, hija, corre! —me gritaba—. Corre o nos matará como ha hecho con MacDougald.

En aquellos momentos podíamos habernos aprovechado de la situación, pues la pistola que dejara caer Renfrew continuaba aún en el suelo; debíamos habernos apoderado de ella utilizándola contra él, pero seguramente que mi padre ni siquiera sabría usarla, y, por mi parte, dudo que hubiera salido victoriosa con ella. Por eso buscamos nuestra salvación en la huida.

Corrimos, hundiéndonos más y más entre aquellas vaharadas de gas que brotaban del suelo. A nuestras espaldas se consumaba la tragedia; D'Angelis debió caer a los pies del enemigo. Pronto oímos, no muy lejana, la voz de Renfrew.

—¡Esther! ¡Esther! —gritaba—. ¡Deténganse! Estoy dispuesto a hacer un trato.

Sentí la presión de la mano de mi padre sobre la mía y comprendí que él sabía igual que yo que aquellas palabras no eran más que una trampa. Estábamos convencidos de que aquel canalla quería matarnos a los dos y pretendía engañarnos para conseguir más fácilmente sus deseos.

Seguimos corriendo, con algún optimismo dentro de nuestro terror al darnos cuenta de que ignoraba nuestra situación porque la misma niebla nos ocultaba. A causa del escaso tiempo transcurrido y de la poca velocidad que desarrollábamos en aquel suelo inestable, no podíamos andar muy lejos de él, y de habernos localizado nos hubiese eliminado inmediatamente.

Apretamos el paso aún más, hasta que noté que era yo la que tiraba de mi padre que jadeaba por el ejercicio, al que no estaba acostumbrado.

No sé ni cuánto tiempo transcurrió ni hacia dónde nos dirigíamos y recuerdo que las airadas voces del otro se habían ido distanciando cada vez más hasta dejarlas de oír. A partir de aquel momento cedimos un poco en nuestro esfuerzo para recuperar el aliento y descansar.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No lo sé. Hemos caído en la zona ecuatorial, no muy lejos de la antigua Gran Mancha, pero no sé más e ignoro igualmente dónde iremos a parar. La superficie donde pisamos es, hasta ahora, totalmente desconocida para mí.

—¿Qué refugio podremos encontrar? Él acabará alcanzándonos tarde o temprano. ¡Si al menos supiésemos encontrar alimento y agua para poder resistir! Porque esta huida sin rumbo fijo no puede prolongarse indefinidamente.

—¡No temas, hija, hay que confiar en encontrar algún lugar más acogedor! Lo importante es no dejarnos llevar de la desesperación.

Con esta perspectiva continuamos andando, siempre hacia adelante, o por lo menos, así lo creíamos, sintiendo cada vez mayor fatiga, pues era verdaderamente trabajoso el avance.

De repente se oyó un silbido prolongado y, como atraída por un aspirador gigantesco, la niebla asfixiante se levantó en unos segundos, quedando el ambiente limpio como el de una mañana de sol en la Tierra. Invadidos por un repentino malestar nos volvimos

instintivamente.

No nos habíamos equivocado en nuestros temores. Allá a lo lejos se veía claramente a Renfrew con una sonrisa cruel en sus labios y una expresión gozosa por el triunfo que creía tener en sus manos. Su voz llegó hasta nosotros muy débilmente.

—¡Malditos! —le oímos increparnos—. ¡Ahora llegó vuestro fin!

Diciendo esto levantó su mano derecha. Estaba enrojecido y sudoroso y se había despojado de sus ropas de cintura para arriba, sin duda para tener menos dificultades en la marcha. El negro cañón de la pistola atomizadora nos apuntaba amenazadoramente. Como cosa curiosa recuerdo que en aquellos breves momentos transcurridos tuve la ocurrencia de pensar si sería a mi padre o a mí a quien apuntaba, porque estábamos muy cerca el uno del otro.

Grité algo, llena de terror mientras me echaba sobre mi padre con los ojos llenos de lágrimas y le abrazaba, esperando sentir en mi cuerpo la sensación abrasadora del impacto.

Pero no estaba escrito que nuestra muerte se produjera en aquellos instantes. De pronto, y en grandes ráfagas, la niebla volvió y perdimos de vista a nuestro enemigo, que ya no pudo precisar el disparo. Éste se produjo, desde luego, pero sin alcanzar a ninguno y, de nuevo, emprendimos la ciega carrera en busca de una problemática salvación.

Detrás de nosotros, Renfrew corría también. Ya no gritaba, sin duda por la fatiga, y la persecución, pues, era silenciosa y cada vez más sofocante y difícil.

Al cabo de un rato mis pulmones parecía que iban a estallar a causa de la tensión sostenida y del escaso aire que entraba en ellos. Mi padre, más que correr, se arrastraba detrás de mí con el rostro congestionado y asomando la lengua entre sus labios resecos. Sus ojos se salían de las órbitas y su cabello negro y rizado, que gustaba de llevar siempre bien arreglado, pues era un hombre pulcro, muy cuidadoso de sí mismo, caía ahora sobre su amplia frente de intelectual reseco y arisco. Parecía aún más lastimado por la

amoratada contusión de la sien izquierda.

Su aspecto me causaba honda pena sin que me diera cuenta siquiera de mi propio estado, que seguramente sería tan lastimoso como el suyo. Pero había que huir, huir siempre sin saber a dónde.

¿Cuántos días pasaron? Imposible saberlo, pues no había día ni noche en aquella iluminación constante del aire.

En ocasiones, mi padre me manifestó su extrañeza por la escasísima influencia en nosotros de los rayos ultravioletas que lógicamente debían invadir el aire con peligrosa intensidad, y por no perder su costumbre de razonar todos los fenómenos que veía, expresó sus dudas sobre las condiciones de fusión del interior de la gran estrella. Según él, el enfriamiento había empezado desde el centro.

Esta extraña falta de radiaciones la achacó a las distintas condiciones de la atmósfera que nos rodeaba con relación a la de Mercurio, Venus o la Tierra, únicos planetas donde la vida humana se había desarrollado. Quizá los rayos adquirieran sus propiedades después de salir de la cromosfera. Mas todo eran hipótesis, y las verdaderas causas, según él, eran un misterio. Lo cierto es que no experimentábamos quemaduras ni efecto alguno desagradable.

En ocasiones en que por encima de nuestras cabezas el cielo aparecía más despejado veíamos a la estrella Vega, gigantesca, majestuosa y brillante como el Sol. Ella nos daba una cierta medida del tiempo al aparecer periódicamente en un mismo punto.

CAPÍTULO VI

LOS COLONOS DEL SOL

AL cabo del tiempo la situación se iba haciendo insostenible.

La sed atormentaba irresistiblemente, pues además de que no habíamos probado ni una gota de agua desde el aterrizaje, el calor y la sequedad del ambiente, ya que aquella nubosidad roja que nos envolvía eran masas de gases y no humedad, nos deshidrataban el

organismo.

—No puedo más, papá —le dije un día—, me muero de sed.

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¿Estaremos condenados a morir en este infierno?

Le miré. Inspiraba compasión, con sus labios entumecidos y su lengua hinchada. La mirada era extraviada y los movimientos débiles.

La sed era insoportable ya, mucho más que el hambre, aunque ésta también se dejaba sentir.

En aquellas circunstancias no era extraño que sufriéramos frecuentes desvaríos y viéramos cosas que jamás existieron. Yo creía ver frecuentemente tentadoras superficies líquidas en sitios donde no existía más que la eterna tierra ardiente y movediza y él tenía que arrastrarse a duras penas hasta encontrarme. En medio de todo aquello la imagen de Renfrew nos aterrorizaba impulsándonos a seguir adelante como fuera. ¡Qué días más amargos fueron aquéllos y qué acogida más desdichada nos había ofrecido aquel astro, en el que la Humanidad cifraba todas sus esperanzas de supervivencia!

Al fin divisé algo que era ya completamente distinto de lo que nos rodeaba y que parecía enteramente una superficie de agua. Pero esta vez de verdad.

No obstante, y pensando en otras ocasiones en que había sufrido el espejismo, refrené mis tendencias y apenas si hice intención de dirigirme hacia lo que parecía un oasis maravilloso. Pero, aquella vez, mi padre también lo había visto.

—¡Agua! ¡Agua! —balbuceó débilmente.

Lo mismo debí decir yo al verle extender sus manos y arrastrarse trabajosamente. ¿Sería verdad aquello?

Era semejante a una laguna de unos diez metros de radio cuya superficie brillaba y se movía con engañosas ondulaciones. La sensación era completa.

—¡Corre! ¡Corre! —decía él con todas sus fuerzas sin que apenas

consiguiera hacerse oír.

Me arrastré también hacia allí, mas cuando estuvimos en el mismo borde, nos faltó suelo debajo y caímos. Recibí muchos golpes igual que él, pero afortunadamente no perdí el sentido, y cuando nuestros cuerpos cesaron de rodar me encontré a su lado echados ambos en toda nuestra longitud. Me dolían todos los huesos pero estaba ilesa. En cambio él no se movía.

Una angustia infinita me asaltó mientras, llena de nerviosismo, me acercaba más a él buscando signos de vida. Su corazón latía y el mío pareció empezar a hacerlo cuando lo noté. Había recibido entre otros un fuerte golpe en la cabeza que le había dejado sin sentido. Algo más aliviada eché un vistazo a nuestro alrededor.

Estábamos en una verdadera caverna.

Las paredes, de roca viva, eran blancas y brillantes, infinitamente más sólidas que el suelo pisado hasta aquel momento. Gran cantidad de masas de vapor de agua brotaban por todos los ámbitos sin elevarse más allá de la boca por donde habíamos caído. Aquel vapor, dadas las especiales circunstancias en que lo habíamos visto, nos engañó pareciéndonos una superficie líquida y, al ir en su busca, nos precipitamos hacia abajo.

¿Qué haría? Tenía que esperar a que mi padre volviera en sí para que pensase lo más conveniente, porque yo seguía encontrándolo todo igual que antes en cuanto a la gravedad de la situación.

Pero cuando él empezaba a incorporarse, pasándose la mano por los ojos, oí claramente una voz humana que se expresaba en nuestro propio idioma.

—¡Peter! ¡Peter! —llamaba—. ¡Aquí es!

Como obedeciendo a un conjuro apareció un hombre materializándose entre la niebla. Era de raza blanca, alto y atlético, con ademán enérgico en su atezado rostro de facciones duras. Sobre su cuerpo solamente tenía una especie de taparrabo sujeto por un

cinturón del que pendía la funda de la atomizadora que llevaba en su mano derecha. Calzaba unas curiosas sandalias de cuero rojo. Al vernos y comprobar la situación en que nos encontrábamos, guardó la pistola en la funda haciendo ademán de inclinarse sobre mí. En aquel momento llegó otro hombre parecido, sólo que más bajo y con los brazos más cuadrados y robustos.

Debía ser el llamado Peter.

—Aquí están —le dijo el otro—, pero es extraordinario, se trata de un hombre y una mujer de nuestra raza. ¿Quiénes son? ¿Lo sabes tú?

—No tengo la menor idea, Jasnik —respondió Peter—; cuando oí el estrépito de la caída pensé que podría tratarse de alguna fiera errática, o quizá de algún enemigo, pero nunca imaginé que fueran personas como tú y como yo que vinieran de la superficie.

Mientras decía esto se rascaba la barbilla pensativamente.

Por las apariencias aquellos hombres no suponían que nosotros entendiéramos su idioma, que era también el nuestro, sólo que con un acento peculiar que jamás había oído.

—Perdonen —les dije para sacarles de dudas—, sean ustedes quienes sean, creo que podrían hacer algo por él —y señalé a mi padre—; está herido y medio muerto de sed. Lo cual me ocurre a mí también. Las explicaciones sobre todo lo demás ya llegarán a su tiempo.

Peter puso cara de asombro al oírme y Jasnik, seguramente dotado de mayor capacidad de reacción, me sonrió ampliamente volviéndose después hacia su compañero.

—Deben proceder de Mercurio o Venus —le aclaró volviéndose después hacia mí.

—Tiene usted razón —me dijo—, mas ya pensábamos ayudarles, pues bien se ve que lo necesitan.

Uniendo la acción a la palabra se inclinó más y me ayudó a incorporarme por completo. Peter hizo lo mismo con mi padre, y en

pocos momentos estábamos de pie apoyándonos en aquellos dos hombres. Jasnik dio una voz y empezó a oírse un extraño clamor que venía de nuestra derecha.

Al propio tiempo empecé a habituarme a aquel ambiente de vapores y noté que, por donde venía aquel rumor, nacía un ancho pasillo como un gigantesco tubo. Sólo que no era de formación natural por su regularidad, su pulimento y su disposición especial para la resistencia que proclamaban a gritos tratarse de una obra humana. El rumor fue creciendo y enseguida se presentó ante nosotros un vehículo muy parecido a los antiguos carros de combate, sólo que más amplio y aerodinámico. Era un átomo-propulsor y avanzaba con ligereza. Al llegar ante nosotros paró y se abrió una portezuela.

—Entren los dos —nos dijo Jasnik, añadiendo amablemente—, no teman nada, que nada malo les sucederá.

Entramos ayudados por ellos. El interior de aquel vehículo era amplio y cómodo, a diferencia de los ingenios de guerra con los que le he comparado y lo conducía un hombre parecido a los otros dos. Al sentarme al lado de mi padre observé una cosa que ya me había llamado la atención antes. Era que el conductor aparentemente no veía lo de fuera, pues no existía visiblemente cristal ni mirilla alguna. De momento, lo achaqué instintivamente a un televisor especial, como en alguno de nuestros aparatos en Mercurio, pero luego vi que el material de la estructura, que era completamente opaco de fuera adentro, de dentro afuera era completamente transparente, de tal modo que podíamos ver cómo nos deslizábamos tranquilamente a lo largo del brillante conducto. Dentro no había más personas que nosotros cuatro y el conductor. Los vapores desaparecieron enseguida.

Jasnik abrió un armarito y sacó un recipiente parecido a una cantimplora, más un par de vasos que llenó de un líquido amarillo y ofreciéndonoslo dijo:

—Esto de la sed es muy frecuente aquí. Beban ustedes y comprobarán que, con un vaso solo, se encontrarán como nuevos.

Aunque quizá sobren estas explicaciones si es que ya la conocen.

Yo era un poco escéptica respecto a que la sed atrasada que teníamos se calmase con uno de aquellos vasitos de lo que fuera aquel líquido; no obstante, le di las gracias y bebí ávidamente igual que hizo mi padre. Sabía extraordinariamente bien.

El efecto fue maravilloso, pues me dejó más que satisfecha. Una sensación de bienestar infinito y una inefable frescura me invadieron. Desde aquel momento me sentí otra.

Mi padre lo encontró igual y experimenté idéntico alivio. Después de manifestar que no lo conocía pregunté qué era.

—Lo llamamos «vitalizador» —respondió Jasnik—, es un producto químico de inmenso poder hidratante especial para la sed, aparte de gran contenido de sustancias generadoras de los principios inmediatos y buen contenido de vitaminas y sustancias minerales. Fue preciso estudiar mucho para conseguir su fórmula, pero se hizo necesario dadas las especiales características de esta gran estrella donde nos encontramos.

—Y, ¿quiénes son ustedes y cuál es el motivo de que se encuentren aquí? Porque el hecho es tan extraordinario que parece imposible. No les oculto que siempre he creído que la expedición de que formo parte ha sido la primera en aterrizar en el Sol.

—Su pregunta —sonrió ahora Peter—, es fácil de contestar. Pero dadas las circunstancias, creo preferible que sean ustedes quienes expliquen iguales extremos sobre su propia situación. Al fin y al cabo, son nuestros huéspedes y creo que tenemos un cierto derecho de prioridad sobre este asunto. Aparte de una terrible curiosidad —concluyó riendo.

Era verdad, así que mi padre procedió a referirles a grandes rasgos nuestra aventura, mencionando muy rápidamente lo sucedido con Renfrew y haciendo hincapié en que no conocía expedición alguna anterior a la nuestra.

—Pues la hubo —afirmó Jasnik—. Pero es natural que ustedes la

desconozcan porque procede del planeta Tierra y vino al Sol allá por el año 4000.

—¡Pero es imposible! Antes de esa fecha ya se había verificado la primera emigración de la Humanidad hacia Venus y las condiciones de vida en la Tierra eran intolerables, debiendo serlo más en el año que usted nos dice. No creo que existieran en su superficie más que bloques inmensos de hielo con temperaturas totalmente imposibles de soportar por ningún ser humano.

—No se equivoca usted —terció Peter—. La superficie tenía efectivamente ese aspecto, pero en el interior del globo la vida era posible, y hubo un grupo de hombres que buscó refugio en las profundidades de la Tierra. Allí vivieron unos cientos de años completamente aislados del resto del mundo, cosa que ya estaba sucediendo antes, pues al dividirse el gran continente americano en varias fenomenales masas, fueron llevados por las aguas a regiones solitarias donde no les fue posible comunicar con el resto de los hombres. Gracias a la presencia de bocas de cráteres pudieron buscar el refugio provisional y posteriormente desarrollaron la civilización profundizando más, hasta que llegó allí también la glaciación y hubo que pensar seriamente en abandonar el planeta. Creo que fueron diez las astronaves que partieron hacia Venus.

—¿Y cómo no aterrizaron allí?

—Fue imposible. Los que poblaban el planeta (no llegamos a saber si eran procedentes de la Tierra como nosotros o nativos), al apercibirse de nuestra presencia en el espacio nos opusieron grandes barreras energéticas despegando inmediatamente verdaderas bandadas de aparatos en actitud tan hostil que hubo que pasar de largo. No dieron tiempo a los emigrantes a explicar por los aparatos su procedencia e intenciones y nuestras astronaves sobrecargadas de pasaje y desprovistas casi totalmente de dispositivos de defensa, prefirieron no tener contacto alguno con quienes las destrozarían sin previo aviso. Así que no pudimos caer en Venus, y Mercurio estaba en el lugar opuesto de su órbita, por lo que el Sol se presentaba más cercano; el combustible se agotaba y hubo que aterrizar aquí.

—¡Ahora recuerdo! —asintió mi padre—. En efecto, nuestra historia dice que hubo un intento de invasión de Venus por habitantes de un planeta desconocido. Precisamente consta que hubo gran revuelo en el mundo de la ciencia y se discutió bastante sobre el planeta de origen de la supuesta invasión. Pero, como la cosa no tuvo mayores consecuencias, quedó como una de tantas incógnitas sin resolver. Solamente los mandos militares siguieron pensando en los peligros de una invasión y se multiplicaron las precauciones. ¡Qué torpeza fue no reconocer enseguida a unos hermanos de la Tierra!

—En efecto —afirmó Jasnik—. Y por este detalle se les podría considerar a ustedes enemigos nuestros. Pero aquello pasó hace ya muchos años y creo que en el Sol se les recibirá bien. Por supuesto que ni Peter ni yo tenemos autoridad para afirmarlo categóricamente, pero creemos que la reacción de nuestras autoridades será francamente amistosa. ¿Verdad, Peter?

—Eso pienso yo también —le contestó éste—. Y ahora creo poder decirles que se encuentran en la fortaleza de Heliosburg, en la zona subecuatorial del Sol. Nuestros mandos les darán más detalles si lo juzgan conveniente.

En aquellos momentos el conductor se volvió diciendo algo que no entendimos, porque al mismo tiempo la marcha se redujo tan rápidamente que tuvimos que agarrarnos para no caer.

A través de las transparentes planchas metálicas que nos rodeaban, vi que cruzábamos una múltiple barrera que quedó franqueada y entrábamos muy despacio en una inmensa sala donde se veían muchos vehículos como el nuestro correr sobre el pulimentado suelo. Durante el trayecto recorrido habíamos ido bajando y ahora debíamos encontrarnos a gran profundidad bajo la superficie del Sol. A la gran sala desembocaban numerosos conductos como aquél por el que habíamos llegado nosotros. Por ellos asomaban con bastante frecuencia los átomo-propulsores que se unían formando hileras larguísimas procediendo con sumo orden y se perdían por uno de los pasillos, mucho más ancho que los demás. Del techo, que quedaba en la sombra por el contraste y que debía

encontrarse a más de veinticinco metros de altura, pendían grandes y modernos aparatos de iluminación que despedían una luz verdosa. Había muchos, pues su longitud era de más de quinientos metros por más de cien de anchura. Las hileras de vehículos dejaban entre sí amplios espacios ocupados por andenes por los que deambulaban patrullas de vigilancia con todos sus hombres armados con atomizadores de tiro rápido que llevaban enfundados.

Fuimos despacio a tomar sitio en una de las hileras y pude contemplar el soberbio espectáculo en toda su amplitud. Las paredes lisas y altas estaban cuajadas de aspilleras por las que asomaban siniestros tubos atomizadores de gran potencia. Volviendo la vista atrás vi encima de la desembocadura de nuestro conducto una ventana a la que se asomaban dos hombres ocupados en la vigilancia del tránsito. Uno de ellos tenía la vista fija en nosotros y no dejaba de hablar a otros situados dentro de la estancia que se adivinaba detrás. Era indudable que el objeto de la conversación éramos nosotros.

Jasnik me observaba y adivinó al momento mis pensamientos.

—Nos vigila —sonrió—. En realidad, no hemos dejado ni un instante de ser controlados desde que subieron ustedes al aparato. Y ahora estará dando instrucciones al Servicio de Vigilancia de abajo para que no nos pierdan de vista. Miren ustedes a los andenes.

Miré alrededor viendo a nuestra derecha en el amplio andén cómo aquellos hombres nos controlaban también, con las manos cerca de las empuñaduras de sus atomizadores. Mientras tanto uno de ellos, evidentemente de más categoría que los demás, recibía instrucciones por un aparato transmisor de sonido e imagen parecido a los antiguos buzones de correos. Escuchaba y enseguida daba órdenes a sus subordinados que estaban cerca.

—¿Nos detendrán? —pregunté a Peter.

—No, nuestro conductor va recibiendo órdenes al mismo tiempo y ya sabe dónde dirigirse. Lo que hacen no tiene más objeto que vigilar nuestra marcha. Ya saben que son ustedes gente pacífica —añadió riéndose—, y esa actitud de sus manos que no se separan mucho de

las armas es simplemente la reglamentaria en estos casos.

Seguíamos avanzando relativamente despacio detrás de otro vehículo, y a nuestro paso se iban sucediendo las patrullas con gesto vigilante y los puestos de recepción y transmisión, en cada uno de los cuales el jefe de cada uno no dejaba de comunicar. De pronto, y maniobrando hábilmente para entrar en la hilera, dos artefactos de mayor tamaño se acercaron procedentes de unos aparcaderos especiales que existían pegados a las paredes. No me había fijado en ellos hasta entonces que les vi acercarse y pude comprobar que en cada aparcadero se encontraban unos cuantos poderosos átomo-propulsores dispuestos a actuar en cualquier eventualidad. Enseguida, y tomando parte nuestro conductor mismo en la maniobra, se situaron uno delante y otro detrás y, así custodiados, continuamos la marcha.

—No hay miedo de que nos escapemos —dijo irónicamente mi padre—, toman ustedes perfectamente toda clase de precauciones.

—Ya le dije que no debía preocuparse por todo ese aparato —contestó amablemente Jasnik—. Es el Reglamento, como ya les acaba de indicar mi compañero.

—Siendo así estamos de enhorabuena —tercié—, pues si aquí saben quiénes somos y están dispuestos a considerarnos amigos, nos podemos desenvolver en un medio muy distinto al de hace poco y en unos espacios mayores que los de la astronave, que ya estaba deseando encontrarlos; aunque de todas maneras los espacios abiertos y habitados aquí no son infinitos.

—Ya se acostumbrará, miss Vosmaecker —repuso Jasnik—, porque en el interior de nuestra ciudad está todo perfectamente acondicionado, de tal modo, que la vida es casi igual que la que se podría llevar fuera en la superficie de cualquier planeta habitable.

Nos internamos por el conducto principal entre varias hileras de átomo-propulsores y nuestra velocidad, así como la de los demás, se hizo vertiginosa. Entre nosotros reinó el silencio.

CAPÍTULO VII

EL corredor por donde pasábamos se iba ensanchando progresivamente de tal modo que, al cabo de unos momentos, había perdido de vista sus paredes laterales y el techo y me parecía que corríamos sobre una inmensa llanura. A nuestros costados las hileras de vehículos se habían espaciado y perdido su rigurosa formación, así que el panorama había cambiado por completo. Los dos átomo-propulsores que nos escoltaban habían pasado a colocarse uno a cada lado de nosotros y marchaban a nuestra velocidad. Sus torretas abovedadas se destacaban sobre el chasis, cubierto de tal modo que no dejaba ver el tren de arrastre. Destacaban de sus torretas, giratorias hasta los 360° los atomizadores pesados que, según comentó mi padre, eran capaces de apuntar, tirar, cambiar de carga y empezar de nuevo el ciclo de una manera automática sin el menor riesgo para el personal que lo tripulase.

Al fin, la llanura se ensanchó aún más y la luz, ahora más poderosa, inundó el ambiente. Habíamos desembocado en un espacio libre, o por lo menos de dimensiones capaces de albergar un pueblo entero, y dotado de una masa de aire más fresco y una luz más natural de apariencia que la que habíamos disfrutado hasta entonces.

—Ya estamos en nuestra población —nos aclaró Jasnik con su acostumbrada amabilidad—. Dentro de pocos momentos habrá terminado del todo nuestro viaje.

Los dos vehículos que nos escoltaban volvieron a colocarse en la posición primitiva respecto a nosotros y de este modo nos internamos por un sistema defensivo formado por pequeñas casamatas de acero y por cuyas aspilleras asomaban los atomizadores que cubrían todos los ángulos de tiro posibles dada la colocación de los fortines entre sí. Seguramente, y según opinión de mi padre, antes de entrar en este sistema defensivo activo, habíamos atravesado un campo de minas, sin novedad gracias a la pericia y al conocimiento de su localización por los conductores de los tres vehículos.

Después, aquellos fortificados islotes de resistencia fueron

haciéndose mayores hasta convertirse en verdaderos edificios grandes en forma de cúpulas redondeadas con armamento de más potencia cada vez. Entre ellos circulaba toda clase de vehículos militares de todos los tipos.

—Tienen ustedes constituida una verdadera barrera atómica —comentó mi padre—. ¿Es que existen enemigos que puedan amenazar su seguridad hasta el límite de ser necesario todo ese derroche de material y hombres?

—Puede que sí —contestó enigmáticamente Peter—. Pero de ello ya se enterarán con detalle enseguida cuando estén en presencia del Jefe correspondiente. Él les explicará lo que proceda. Aparte de que esta defensa no necesita muchos hombres. Cada arma es capaz de apuntar, tirar y recargarse automáticamente.

Continuamos la marcha que evidentemente facilitaba el primer átomo-propulsor, y atravesamos otras líneas de resistencia, esta vez con elementos retardadores de la marcha, y para lograr atravesarlas hubimos de seguir un itinerario en zig-zag por los controles que en cada línea de obstáculos nos mostraban determinados pasos. Después, nuevos sistemas de emplazamiento de fuego escalonados en el sentido de la profundidad y sin el menor ángulo muerto.

Por último, una llanura completamente desprovista de todos aquellos elementos de defensa, y se presentaron ante nuestros ojos los primeros edificios y las primeras calles.

Ofrecían bello aspecto, todas las casas iguales y colocadas con un perfecto sentido de la simetría. Desde luego el poblado estaba lleno de vida, pues en las anchas aceras a nuestros lados se agitaba gran número de hombres y mujeres. Ellas eran bien parecidas y vestían una blusa de un solo color y una falda muy corta que dejaba ver desde bastante más arriba de las rodillas las piernas sin medias. Calzaban unas sandalias rojas casi iguales que las de los hombres y llevaban la cabellera suelta.

Las pocas que se veían iban acompañadas. Evidentemente debía haber una proporción mayor de varones que de hembras.

Por la carretera deambulaban docenas de átomo-propulsores de recreo, parecidos al nuestro, pero sin torretas, y muchos de ellos descubiertos. En las casas existían muchos locales donde se vendían artículos pagándose en vales o dinero, cosa que no pude apreciar bien. Los expendedores de los artículos parecían más bien funcionarios que mercaderes por su aire oficial e incluso me pareció que iban armados. Los hombres iban todos vestidos de igual modo que Jasnik y Peter, sólo que sin armas de ninguna clase. El conjunto era agradable.

Al fin llegamos a nuestro destino, un gran edificio de tipo militar en medio de una plaza, provisto de un sistema de puestos de centinela y rodeado de pequeños fortines.

Entramos, después de sernos franqueado el paso por el oficial correspondiente y cruzamos por el gran patio. Al fin, nos detuvimos junto a una puerta.

—Hemos llegado, señores —anunció casi solemnemente Jasnik —, tengan la bondad de descender.

Al mismo tiempo se abrieron las hasta entonces invisibles portezuelas y bajamos del átomo-propulsor. Entramos en el edificio y, después de cruzar un vestíbulo espacioso con grandes columnas, fuimos guiados a través de un pasillo hasta un recibidor amueblado con discreto gusto y donde nos dijo Jasnik que debíamos esperar.

La espera no fue muy larga y enseguida se abrió una puerta en un costado de la habitación apareciendo un hombre. Se parecía a los que habíamos visto hasta entonces. Nos hizo una seña para que entráramos.

El despacho a donde pasamos era amplio y en su centro, y tras una mesa, se sentaba un hombre con aspecto intelectual y algunos distintivos de mando. Detrás de él había un curioso aparato. Por haber leído su descripción en algunos libros, allá en Mercurio, comprendí que era un moderno y poderoso detector de mentiras a distancia que recogía en su pantalla las más imperceptibles vibraciones producidas por nuestras reacciones ante las preguntas que se nos formulase y las

traducía inmediatamente. A la derecha de la mesa existía otra más pequeña con una máquina estenográfica a cargo de un hombre de inferior categoría que el otro.

—Siéntense —nos dijo el jefe señalándonos sendos sillones delante de su mesa y justamente en la posición más favorable para que aquel aparato captase nuestras reacciones.

—Soy el capitán Keaty, de la Unidad de Investigación. He de interrogarles sobre todo aquello que pueda ser de algún interés. Les advierto que todas sus palabras serán recogidas por el sargento Brady, aquí presente, y por el aparato detector de mentiras, cuya naturaleza veo en su expresión que ya conocen.

—En efecto —contestó mi padre—, puedo decirle que nuestras respuestas serán siempre las verdaderas. No tenemos nada que ocultar ni existe nada de misterioso en nuestra presencia aquí, así que cuando quiera puede empezar. Me imagino que no hace falta nuestra presentación, porque ya sabrá usted de nosotros todo lo necesario.

—Conozco, efectivamente, sus nombres —contestó sonriendo el capitán.

Después empezó a interrogarnos. Nos hizo hábilmente contarle toda nuestra odisea y, mientras tanto, no dejó de funcionar el detector ni el sargento de hacer funcionar su máquina. Al final, la sonrisa del capitán se hizo más amplia y excesiva.

—Creo que me han dicho toda la verdad —dijo—, no creo que sea muy necesario esperar a que me traigan el resultado del detector. No he de negarles —añadió más serio—, que en su historia hay una cosa que me preocupa, y es la presencia en el Sol de ese Renfrew. Es una circunstancia que califico de grave por cosas que ya sabrán ustedes a su debido tiempo, si es que no me equivoco en mis suposiciones.

Mientras decía esto había apretado un botón dejando sin funcionar el aparato.

—Su personalidad dentro del mundo científico, Mr. Vosmaecker,

será muy útil aquí, pues ya irá viendo que la ciencia es tan necesaria para la vida como el alimento. Quizá lo sea aún más de ahora en adelante.

En aquel momento, y sin permiso previo, entró un ordenanza en el despacho por una puerta situada al fondo. Portaba el informe del resultado arrojado por el detector y lo dejó silenciosamente encima de la mesa marchándose sin haber despegado los labios.

El capitán guardó silencio y leyó con rapidez cuanto decía el documento. Al final su sonrisa se hizo más franca y, cosa que me irritó, se acentuó al dirigirla hacia mí con un aire malicioso.

—No estaba equivocado —aclaró—, este documento es el resultado del detector y, salvo una inocente mentira, todas las palabras de ustedes han reflejado la realidad.

—¿Una mentira? —preguntó mi padre extrañado—. Será más bien algún dato equivocado. Tenga en cuenta que el interrogatorio ha sido extenso y es difícil conservar todos los datos en la memoria con exactitud.

—No se trata de eso. La mentira corresponde a la señorita. —Al decir esto me miró burlón y sentí un intenso sonrojo—. Se trata de su edad, lo de siempre en una mujer, sólo que esta vez, y esto sí que no me lo explico, se ha añadido años en lugar de quitárselos. Creo que dejándolos en los dieciséis que tiene habría quedado mucho mejor. —Esto último lo dijo dirigiéndose a mí.

¡Vaya con el artefacto aquél! ¡Cualquiera podía tener un secreto! Menos mal que no había profundizado gran cosa sobre lo sucedido en la *Dafne* entre Renfrew y yo. De lo contrario habría salido a relucir hasta el menor detalle. Mi padre no se había dado, aparentemente, cuenta.

Aquello acabó y nos hicieron salir. Desanduvimos lo andado volviendo a subir al átomo-propulsor en donde Jasnik nos manifestó que tenía instrucciones de conducirnos a los aposentos que se nos habían destinado.

Así lo hizo y pronto nos encontramos en un edificio semejante a un hotel. Estaba dotado de toda clase de elementos y comodidades con un moderno sistema de acondicionamiento y renovación del aire y refrigeración. Nos condujeron a nuestras habitaciones y pude asearme a gusto, cosa que me hacía buena falta, lo mismo que a mi padre, que me imitó. Una vez bañada, me reuní con él, cenamos y nos acostamos. Como estaba rendida después de la jornada tan pródiga en incidentes, me quedé dormida como un tronco en muy pocos momentos.

* * *

A la mañana siguiente era muy tarde cuando desperté y ya estaba mi padre esperándome en el vestíbulo. Esperó pacientemente a que terminara mi desayuno.

—¿Hace mucho tiempo que te has levantado? —le pregunté.

—Lo menos tres horas. En realidad no he sido tan madrugador voluntariamente sino que me han llamado, y, mientras tú descansabas, he tenido algunas entrevistas muy importantes. Has de saber que ya nos han designado misión; ya te explicaré cuando termines.

Procuré darme prisa y cuando terminé salimos a la calle. En la puerta estaba estacionado un átomo-propulsor al que subimos. Él se puso en la cabina del conductor haciéndome sentar a su lado.

—Lo han puesto a nuestra disposición —me dijo—. Para que veas que apenas llegados ya somos importantes.

—¡Qué bien! —exclamé encantada—. ¿Adónde iremos? Yo no conozco nada aquí. ¿O es que tienes algo concreto que hacer?

—Por hoy no tengo nada más que hacer que disfrutar hasta la hora de comer. Pero ya conozco algo de esto. Me lo acaban de enseñar, así que te llevaré a dar un paseo mientras te cuento las novedades.

El aparato, mientras, se había puesto en marcha y al cabo de unos momentos estábamos saliendo de la población hacia unos

campos muy cultivados. Eran plantas gigantescas, útiles según él me explicó para la alimentación de aquel pueblo y crecían en los profundos espacios subterráneos.

—Cualquiera diría que estamos en la superficie —exclamé.

—Pero no es así. Estamos en una inmensa caverna artificial con paredes y techo de ese material durísimo que ya has visto en los túneles. Como ya sabes por Jasnik, los antecesores de estas gentes vinieron en astronaves directamente desde la Tierra y al aterrizar se encontraron con la misma superficie árida que nosotros, aún más ardiente y con más emanaciones que las que existen hoy. Casualmente descubrieron grietas y allí se refugiaron comprobando que las condiciones de vida eran mejores según se profundizaba, hacia abajo. La población fue aumentando y los adelantos también, y como hubieron de hacer frente a peligrosos enemigos tuvieron que ir ampliando y fortificando la gruta hasta hacerla del inmenso tamaño que ves, revistiéndola de unas paredes verdaderamente acorazadas, calculadas para resistir toda clase de presiones, además de ser imperforables.

—¿Y el aire necesario para respirar? ¿De dónde lo sacan? Porque si esto es una gran cavidad interior ha de viciarse enseguida, siendo necesario hacer una renovación que me parece muy difícil.

—El aire se sintetiza en grandes fábricas situadas a mayor profundidad aún. Precisamente las he visitado esta mañana muy rápidamente, pero con el tiempo suficiente para darme cuenta que representan una obra formidable.

—¿No hubiera sido más sencillo intentar algo parecido en la superficie?

—Por lo visto ya se intentó al principio, pero existen, según me han dicho, unos misteriosos habitantes del Sol que son verdaderos hombres de fuego. Creo que son rojos y llameantes, como si su cuerpo estuviera formado por materiales en ignición; algo horrible. Son resistentes a las descargas de las atomizadoras y casi imposibles de aniquilar con los medios corrientes, por lo que tuvieron que desistir

ante sus ataques y profundizar hacia abajo; por lo visto aquí no pueden entrar pues sólo existen algunas bocas estrechas como aquélla por la que entramos nosotros y entre eso, los conductos por los que hemos venido, y las obras de fortificación, resultaría relativamente fácil detenerlos. Además, parece ser que tienen miedo a introducirse en sitios que les sean desconocidos.

—Y esos monstruos, ¿dónde se encuentran? ¿Están errantes por la superficie? De ser así ha sido una suerte no haber tropezado con ninguno. Por cierto, ¿qué habrá sido de Renfrew?

—La suerte que ha corrido ese canalla, no sé por qué, preocupa a los mandos de esta gente. Por ahora no me han explicado de un modo claro el motivo, es probable que tampoco lo sepan ellos. Y en cuanto a los demonios de fuego, habitan en una gran ciudad construida hace varios miles de años en una zona del Sol con mejores condiciones de habitabilidad que ésta. Al principio creo que era un misterio su emplazamiento, pero se enviaron muchas expediciones para intentar localizarla y al fin lo consiguieron. La llaman Bastinor y precisamente ahora se trabaja muy activamente preparando su asalto. Quieren acabar con el peligro de los hombres rojos en esta zona y preparar una colonización de la superficie. Además interesa la zona que ellos ocupan por sus mejores condiciones de vida. Según me han dicho, el intento lo han llevado a la práctica alguna vez, pero fracasaron rotundamente.

—¿Y qué probabilidades hay ahora? Si son resistentes a las armas de que se dispone nunca habrá medio de destruirlos.

—Ahora está en estudio un arma nueva, aún no me han dicho de qué se trata, y, por lo que he podido captar, mis conocimientos les van a ser muy útiles para terminarla. Con ella se logrará vencerlos. Pero aún tardará unos años en tener los perfeccionamientos necesarios y poder ser construida en serie. Así que puedes estar tranquila durante ese tiempo.

—¿Es que no se encuentran a gusto tal como están las cosas?

—No y eso es fácil de comprender, porque las necesidades

aumentan con el progreso y el ensanche de la cavidad es cada día más difícil. Llegará un momento en que sea insuficiente el espacio vital y, aparte de eso, el aire, la luz, y los demás elementos y el entretenimiento y conservación de las inmensas obras necesitan un esfuerzo titánico y constante. Ha de llegar un día en que la colonización del exterior sea del todo inevitable y quieren que cuando llegue ese momento no existan enemigos tan temibles.

Miré hacia el exterior a través de las transparentes paredes de la estructura del átomo-propulsor. Habíamos llegado al borde de un pequeño lago de agua muy azul por el que navegaban elegantes embarcaciones que mi padre me informó se dedicaban a la pesca, pues aquel lago era un criadero de peces comestible. El panorama era encantador, pues las orillas estaban pobladas de árboles altísimos que exhalaban un perfume sumamente agradable, según pudimos apreciar al apearnos para dar un paseo. Había numerosas personas que paseaban también, entre ellas algunas parejas.

—¡Cualquiera diría que todo eso es artificial! —exclamé asombrada. Y era para asombrarse, pues el paisaje parecía enteramente arrancado de una zona de Mercurio o de la Tierra.

—Representa, desde luego, una obra gigantesca, pues, por ejemplo, la luz que inunda todo proviene de generadores situados allá en lo alto, aunque por la considerable altura no se distinguen casi sus formas. Creo que aprovechan los rayos ultravioleta, de modo que, al chocar con el aire, sufren el mismo fenómeno que la luz solar que recibíamos en Mercurio. La temperatura, en cambio, es la normal y constante, de modo que las ropas que usan son las más apropiadas y, desde luego, siempre las mismas respecto a la cantidad. A determinadas horas se apagan las luces y todo queda sumido en una oscuridad muy semejante a la noche de la Tierra, de modo que todo es parecido a lo de allí. Por este procedimiento se crea un día artificial de 24 horas, de las cuales parte son de iluminación y parte de oscuridad. Éstas se dedican al descanso.

—¿Y quién te ha estado explicando todo eso?

—Un equipo de técnicos que ya tengo a mi disposición. He conocido, además, al General Henry Norton Crabbe, jefe militar de la colonia, y él mismo me ha indicado el trabajo que tengo que desarrollar, poniendo a mi disposición los técnicos. Es un hombre muy enérgico, como conviene a su cargo, pero agradable y culto. Por cierto que una de las cosas que me ha dicho es que están intentando hace años comunicar por ondas especiales con Mercurio o Venus, pero que no lo han conseguido. Parte de ese trabajo va a recaer sobre mí.

»Por lo visto, y esto es una cosa que yo no sabía y en Mercurio no creo que se sepa actualmente tampoco, nuestros aparatos corrientes no son capaces de atravesar la cromosfera con sus ondas, así que tampoco hubiéramos podido comunicar con nuestra base desde la astronave. También me ha dicho que en otro lugar muy distante existe otra colonia parecida, pues la emigración se dividió en dos, y las relaciones entre una y otra no son del todo cordiales, por eso tomaron tantas precauciones a nuestra llegada, incluido el interrogatorio de Keaty.

Yo estaba muy interesada en todas aquellas explicaciones, cosa que quizá hubiera parecido un tanto extraordinaria en una muchacha de mi edad, a los antiguos de los siglos de la primera Era Atómica, pero en la actualidad no lo es tanto, ni tampoco lo era que mi padre se entretuviera en dármelas, pues, aparte de sus deseos lógicos de expansionarse con una persona íntima, en los tiempos actuales la inteligencia se cultiva desde la niñez con tales perfeccionamientos, que una jovencita de dieciséis años, aun conservando sus gustos, apariencia y candidez infantiles, tiene ya tan suficientemente desarrolladas sus facultades intelectuales y la inclinación por saber, que se interesa en cosas como aquéllas e incluso comprende las explicaciones de una persona mayor.

—Bueno —terminó él—. Ya es hora de regresar a nuestro hotel. Otro día continuaremos enterándonos de más cosas.

CAPÍTULO VIII

Y así empezó nuestra vida en Heliosburg. Durante mucho tiempo él trabajó perfeccionando los armamentos que habían de hacer factible la expugnación de Bastinor y, según me decía, iba adelantando sensiblemente sobre el primitivo proyecto hasta que llegó un día, al cabo de tres años, en que todo quedó dispuesto para la iniciación de las pruebas y la fabricación en serie, si el resultado era lo satisfactorio que se esperaba. La idea comprendía un plan de labores dividido en dos etapas de un año y, por lo tanto, al cabo de dos se tendría organizado un fuerte ejército, dotado ampliamente de los nuevos elementos. Todo esto me lo fue comunicando según iba enterándose.

El tiempo transcurrido hizo su natural efecto en mí y cuando transcurrieron los cinco años me había convertido en una mujer hecha y derecha.

La vida era agradable para nosotros, pues por la personalidad de él gozábamos de gran consideración. Me presentó a muchos de sus compañeros de trabajo más jóvenes y así empezaron a ampliarse mis conocimientos en Heliosburg.

Entre el elemento masculino no me faltaron pretendientes, como era de esperar, pero ninguno de aquellos jóvenes logró interesarme en serio y por otra parte, al ver mi actitud, tampoco ninguno de ellos llevó muy adelante sus pretensiones. Al principio quizá fuera debido a la serie de emociones sufridas a raíz de los incidentes con Renfrew que, como es natural, dejaron su huella, haciéndome ver las cosas de un modo muy distinto de como las había concebido hasta entonces. Después sería porque verdaderamente había de suceder así.

Pero, no obstante, mi corazón estaba ansioso de encontrar el amor; un amor único que borrara de mi mente aquellas impresiones agrias de mi primera experiencia. Mi padre me hizo ver muchas veces que todo ello fue una locura debida a influencias extrañas a mí. Quería borrar mis impresiones, pero era difícil olvidar unos actos que habían causado la muerte de tres hombres. Los cinco años transcurridos no

habían sido suficientes.

Un día me enteré por él que las patrullas de exploración del exterior, servicio que se hacía diariamente en un radio limitado, habían encontrado a un hombre que vagaba solo por la superficie. Al principio no se le concedió gran importancia pensando que sería un evadido de la otra colonia, pero cuando se supo que aquel hombre procedía de Mercurio, como nosotros, el interés por él creció y el mío particular más aún.

Cuando me lo dijo, mi padre estaba muy excitado. Estábamos comiendo después del trabajo, pues desde hacía algún tiempo le ayudaba en sus experiencias.

—Esther, tengo grandes noticias —me dijo—; no he querido decirte nada en el laboratorio, porque he podido encontrar un rato para estar a solas contigo.

—Es sobre ese hombre que han encontrado, ¿verdad? Desde hace varios días no se habla otra cosa en Heliosburg.

—No te has equivocado. Ha hecho declaraciones sensacionales, comprobadas y ratificadas por los detectores. Incluso se han empleado con él unos nuevos derivados de la escopolamina y ya no cabe la menor duda de que ha dicho la verdad. Sus declaraciones tienen mucho interés para nosotros. Según ese hombre, Renfrew vive y está constituido en el mayor enemigo de Heliosburg.

—¡Otra vez Renfrew! —objeté—. ¿Cómo puede haber vivido todos estos años en la superficie, soportando unas condiciones de vida tan duras? Y, si es verdad todo lo que nos han dicho sobre esos hombres de fuego, ha tenido que encontrárselos una vez u otra y eso representa su muerte.

—Precisamente ha sido todo lo contrario. Es verdad que lo encontraron, pero no se sabe por qué circunstancia se han convertido en sus aliados. Actualmente Renfrew debe mandar en Bastinor, y al mando de esos demonios ha hecho fracasar todas las expediciones enviadas desde Mercurio después de la nuestra. Y lo que es peor, la última misión, de la que formaba parte este hombre que han

encontrado, llevaba grandes cantidades de modernísimo material de guerra que a estas horas está en Bastinor. Él conoce perfectamente su manejo, lo que quiere decir que gozan de unas defensas totalmente inesperadas por nosotros. Según cuenta ese hombre, al aterrizar en la superficie del Sol fueron engañados por Renfrew que se presentó solo a recibirlos y más tarde les atacaron los hombres de fuego en una emboscada preparada de antemano. Por un verdadero milagro, él logró escapar vivo, siendo el único sobreviviente de la hecatombe. Cuando regresó al aparato donde habían quedado algunos hombres a cargo del material, comprobó que había sido asaltado desapareciendo éste y todas las reservas de combustible atómico, siendo lo demás destruido a conciencia. Él quedó solo en la superficie, teniendo la suerte de encontrar un pequeño oasis donde ha podido vivir. No obstante, a causa de la temperatura y de los gases estaba a punto de volverse loco cuando dieron con él. Incluso intentó agredir a la patrulla con un lanzallamas que llevaba. Por un verdadero milagro no lo mataron.

—Menos mal que no lo hicieron —le contesté—, pues, si no, jamás hubiéramos averiguado la verdad. ¿Se comprobó lo de la astronave? Porque, de ser cierto todo ello, no debía encontrarse muy lejos.

—Esta mañana ha regresado otra patrulla enviada con este fin y su informe asevera todo. Los restos del aparato han sido hallados medio enterrados. Igual que sucedió con el nuestro.

—¿Y qué categoría o personalidad es la de ese hombre?

—Se llama Albert Kurnitz, es un capitán del Cuerpo de Colonización y mandaba una de las compañías que viajaban en la astronave. Procede de Nueva Frisco en la zona supertropical de Mercurio a unas quinientas millas al Este de Nueva Washington. Sus antepasados terrenales eran de California, en los Estados Unidos de América. Ésta es la filiación que ha dado, comprobada con sus documentos de identidad.

* * *

Albert Kurnitz.

No sé por qué este nombre me impresionó y decidí hacerle una visita en la primera ocasión que tuviera. Me parecía conocido, pero muy vagamente como si se tratara de un recuerdo muy antiguo, algo por encima del Tiempo y del Espacio y me convencí de que aquel hombre había pasado por mi vida en alguna ocasión.

Aparte de esto tenía grandes deseos de charlar con alguien de mi planeta natal que me diera noticias de nuestras ciudades, de nuestras antiguas costumbres y diversiones y, si hubiera sido posible, de mis demás familiares y amigos que, a estas horas, estarían convencidos de nuestra muerte, pues sentía algo de nostalgia.

—¿Y qué hará aquí? —pregunté.

—Se está pensando darle el mando de una de nuestras compañías de Infantería de Asalto, reconociéndole su graduación mercuriana. Lo ha solicitado él y tiene aptitudes más que suficientes. Además está inflamado de un firmísimo deseo de hacer justicia. La traición que sufrió en unión de sus compañeros le afectó muchísimo.

—¿Dónde podré encontrarle?

—¿Es que quieres verle?

—Naturalmente. Ten en cuenta que puede hablarnos de nuestras cosas pasadas. ¿Es que a ti no te asaltan los mismos deseos?

—Claro que sí. Pensaba invitarle a comer con nosotros, dando al mismo tiempo una pequeña fiesta en su honor, pero hemos de esperar unos días hasta que se reponga por completo, pues ahora está en un sanatorio, de donde no le dejarán salir; todavía está algo débil a causa de las fatigas pasadas.

* * *

Pero se me hizo largo esperar tanto tiempo y, en cuanto salió del sanatorio, decidí ir personalmente a verle. Me habían dicho que estaría en el campo de entrenamiento del Oeste, más allá del lago y allí me dirigí en nuestro vehículo.

Lo encontré rodeado de soldados que debían pertenecer a la Unidad cuyo mando le habían asignado y estaba poniéndose en contacto con ellos. Era joven, pues tendría alrededor de los veinticinco años. Alto y delgado, pero fuerte y elástico, tenía el cabello rubio y los ojos verdes con expresión simpática. Desde el primer momento me gustó.

Aproveché el momento favorable para llamarle:

—¡Mr. Kurnitz! —grité.

Él volvió la cabeza y me vio al pie del vehículo, dijo algo a un suboficial y se dirigió hacia mí. Enseguida lo tuve a mi lado.

—¿Me llamaba usted?

—Sí, me llamo Esther Vosmaecker y quiero hablarle un momento. Por cierto, que ahora que le veo de cerca me parece que su cara no me es del todo desconocida, pero no consigo precisar más.

Él sonrió chispeándole los ojos.

—Tengo referencias de usted, pues dada la personalidad de su padre, no podía dejar de conocerla y tenía deseos de verla. Ahora que la tengo delante, también me sucede lo que a usted. Tengo idea de que la he visto con anterioridad, pero no recuerdo cuándo ni cómo. Pero es lo mismo, desde este momento ya se puede decir que somos amigos, ¿no? Al fin y al cabo, tenemos algo en común que nos diferencia de las personas de Heliosburg.

—Desde luego —le respondí sonriendo también—. Mas no es para esto para que he venido a buscarle. Hace unos años mi padre y yo vinimos de Mercurio, como sabe, y quiero saber cosas de allá. Mi padre me ha contado las impresiones de usted respecto a su aterrizaje en el Sol y las novedades ocurridas en nuestro planeta en estos años, pero yo deseo escucharlas de usted mismo, y además existen algunos puntos que como persona interesada quiero aclarar del todo. Ahora ya veo que está ocupado, pero le agradecería me dedique un rato libre.

—Será un placer para mí. Antes fue una sorpresa saber que

ustedes no habían sucumbido en la caída de la *Dafne*, pues en Mercurio se les dio por perdidos y créame que la sorpresa ha sido mucho más agradable al verla ahora. Fijemos una hora apropiada para los dos.

—¿Le parece bien esta tarde en el embarcadero del lago? Podríamos dar un paseo.

—Conforme —asintió.

Enseguida se despidió para volver con sus hombres. Le contemplé mientras se alejaba y me ratifiqué en mi primera opinión. Decididamente me gustaba más que todos los jóvenes de Heliosburg juntos.

Por la tarde salimos y paseamos por el lago. Charlamos ampliamente sobre nuestro planeta y nuestras costumbres casi olvidadas ya por mí. Se sorprendió cuando le conté mi aventura con Walter Renfrew y me aseguró que estaba ansioso por hacer purgar sus culpas a aquel hombre. Y además me ratificó todo lo que mi padre me contara sobre su actuación con las expediciones posteriores. Después hablamos de cosas más alegres y me preguntó si tenía intención de permanecer mucho tiempo en el Sol.

—No es mi intención —le contesté—, ¿pero qué remedio nos queda? Por ahora no se piensa en la construcción de astronaves para el regreso; es más, se piensa precisamente en lo contrario, es decir, en la emigración total de los habitantes de Mercurio, conque no existen casi posibilidades de regresar.

Continuamos hablando hasta que se apagaron los focos creadores del día artificial y tuvimos que regresar a casa. Lo sentí, pues me encontraba muy a gusto con él y noté que a él le sucedía lo mismo conmigo.

Así fue el principio. Después seguimos viéndonos durante algún tiempo, hasta que me di cuenta de que estaba enamorada de él y de que él me correspondía. Casi sin saber cómo me encontré un día rodeada por sus brazos y respondí a sus besos con calor.

—Te quiero, Esther —me dijo en un susurro.

Yo nada contesté, ya era innecesaria toda explicación. Al cabo de unos momentos volví a la realidad.

—Albert —le dije—, siento como si todo esto hubiera tenido que suceder forzosamente. Lo supe desde el mismo día en que te vi en el campo de entrenamiento. Es como si nuestras vidas estuvieran destinadas a encontrarse. Y aún podría decirte más. El mero hecho de oír pronunciar tu nombre me llenó de una emoción indefinible. ¿Por qué será así?

—No lo sé —me contestó—. Sólo puedo decirte que tus palabras reflejan también mis propias sensaciones. —Luego sonrió con malicia y añadió—: Oye, esto que me acabas de decir no será una segunda edición de tus conversaciones con Renfrew, ¿verdad?

—No seas tonto. Ya te he contado cómo fue todo aquello. Ahora siento por ese hombre el mismo desprecio que tú.

—Ya lo sé. Tus labios me han servido de detector en este caso. Ni el mismo aparato de Keaty hubiera servido mejor. Y el informe ha sido del todo favorable.

Y me volvió a besar.

Volví a casa, sintiéndome completamente feliz y dispuesta a referirle a mi padre todo, sabiendo que él lo aprobaría. Mas no lo encontré propicio. Fui a sus habitaciones y le vi nervioso paseando de un lado para otro de su despacho.

—¿Qué te sucede? —le pregunté.

Pareció sobresaltarse un tanto al oírme. Se detuvo y me miró fijamente unos momentos, después se sentó y me contestó con otra pregunta.

—Esther, ¿has pensado alguna vez en casarte?

La pregunta era tan inesperada, a pesar de la noticia que tenía decidido darle, que me quedé suspensa por unos momentos. Mas él, por lo visto, no esperaba contestación alguna porque continuó

hablando sin esperarla.

—Es necesario que pienses en ello, hija mía. Yo sabía que ha de llegar alguna vez, pero no he querido pensar en sus consecuencias por no hacerme a la idea de una separación. Pero ha sucedido algo que precipita las cosas. Esther, me han pedido formalmente tu mano.

Aquello era para sorprender a cualquiera. ¿Era posible que Albert hubiera dado este paso sin decirme nada? Me quedé tan callada que él prosiguió:

—Además he de decirte que es poco menos que imposible negarse. Se trata del coronel Delhart. Creo que ya te he dicho en alguna ocasión la escasez de mujeres existentes en esta colonia. En consecuencia, el matrimonio es obligado en ellas para asegurar la conservación de la especie. Cuando tú y yo llegamos no dejaron de fijarse en ti muchos hombres de nuestra clase, entre la que ha de encontrarse tu marido. Pero, debido a tu corta edad, no me preocupé de ello grandemente.

La noticia me dejó anonadada. Tuve que sentarme porque las piernas me temblaron. Demasiado sabía yo que, dada la personalidad de aquel pretendiente, no me podía prácticamente negar en modo alguno.

Roy Clayton Delhart era uno de los más brillantes jefes del Estado Mayor del general Crabbe.

Era joven en relación con su categoría militar, pues tendría alrededor de los cuarenta años, y dado el carácter militar que predominaba en la colonia, además de su empleo castrense, ejercía un elevado cargo civil. Lo conocía porque me lo habían presentado en una ocasión y tropecé con él con alguna frecuencia desde entonces, haciéndome la corte descaradamente, pero sin que me figurara nunca que sus intenciones fueran tan serias. Y, desde luego, jamás me había atraído lo más mínimo. Su conversación era agradable, pues era culto y procuraba agradar, pero ni siquiera se me ocurrió pensar en él como esposo. Era absurdo.

—Pero, papá —opuse desesperadamente—, yo no quiero a ese

hombre. Reconozco que sería un matrimonio ventajoso, y que es un hombre educado, pero no me atrae. Además existe otro impedimento que para mí es aún más grave. Precisamente te lo pensaba decir hoy mismo. Quiero a otro hombre y él me corresponde.

—Se trata de Kurnitz, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo figuraba. No he dejado de observar que ese joven te ha atraído desde que lo conociste. Ya puedes figurarte que un viejo como yo tiene experiencia más que suficiente para deducir la verdad en estos casos. En realidad era de esperar, pues es más afín a ti que cualquiera de los habitantes de Heliosburg.

—Pero papá, esto complica las cosas extraordinariamente. Esta gente es extremadamente orgullosa y Delhart no nos perdonaría jamás la ofensa que representaría una negativa. Mas esto sería lo de menos si no existiera esa maldita ley. ¿Qué le dijiste?

—He dado largas al asunto pretextando consultar primero contigo, diciéndole además que eres aún muy joven. Pero él me ha recordado la Ley. Ya sabes que prohíbe terminantemente que ninguna mujer quede soltera, salvo en los casos de esterilidad manifiesta, anormalidad, vocación sagrada, y algunas otras, ninguna de las cuales te afecta, incluso fija una edad límite y determina que las viudas han de volver a contraer matrimonio. Para las cuestiones derivadas de esta Ley está constituido un Tribunal, pues se reconocen ciertos derechos de prioridad. Ten en cuenta que aquí la mujer, por su escasez, ha de casarse con aquel varón que esté en condiciones de asegurar mayor y más seleccionada descendencia.

—¿Pero y nuestros gustos? ¿Es que no cuentan para nada?

—Cuentan, hija mía, pero a ellos anteponen la necesidad de asegurar la supervivencia de la especie, y para solucionar los conflictos está el Tribunal. Si se conoce vuestra proyectada unión, no dejará Delhart de presentar la oportuna demanda y no creo necesario convencerte de que tiene todas las ventajas de su parte por su enorme influencia. Además, como superior de Kurnitz, no creo que

necesite llegar a esos extremos.

—Pues yo no deseo unirme a ese hombre, papá, ni con la ley ni sin ella. —Al decir esto estaba a punto de llorar.

—Ya lo sabía —me contestó él mientras venía solícito a confortarme—, y por eso tengo este disgusto. Pero no te pongas así. Ya veremos el medio de arreglarlo todo.

Pero demasiado bien sabía, lo mismo que yo, que no existía arreglo posible. La suerte estaba echada y no había más solución que tomar una determinación rápidamente. Ante todo se imponía hablar con Albert.

Después de cenar no pude resistir la tentación y me eché a la calle para verle.

Le encontré en su despacho de la residencia para oficiales. Estaba estudiando, en compañía de otro capitán, un plano que tenía extendido sobre la mesa.

—Esther —exclamó sorprendido al verme entrar—, ¿qué te sucede?

El otro vaciló unos momentos y por fin decidió retirarse. Albert me recibió en sus brazos y enseguida me hizo sentar.

Le conté lo que sucedía viéndole palidecer al recibir la noticia.

—Tú no estás dispuesta a acceder, ¿verdad?

—¡De ningún modo, querido! ¿Es que lo has llegado a dudar?

—No, pero quiero que me lo digas tú misma. Has de pensar en tu padre.

—Ya lo sé. Por eso he venido a verte. Dime si a ti se te ocurre algo. Estoy desesperada.

—Esther, ¿tú conoces esa Ley bien? Te lo pregunto porque yo soy recién llegado y aún no he tenido tiempo de enterarme de todo. Ya ves que la preparación de nuestra empresa militar ocupa mucho de mi tiempo. Lo que me interesa saber en concreto es si existe alguna excepción al derecho de recurso de quien se crea con más derecho o

crea poder ser una mayor garantía para la presunta contrayente. Dices que las solicitudes para matrimonio han de presentarse con dos meses de anticipación, tiempo marcado por la ley para que se presenten cuantas demandas puedan existir, aparte de las corrientes amonestaciones. ¿No hay ninguna excepción?

Cavilé durante algunos segundos, haciendo memoria, hasta que me acordé que efectivamente había una excepción, pero desgraciadamente nada tenía que ver con nuestro caso y así se lo hice constar.

—Se excepciona solamente al futuro contrayente que está en inminente peligro de morir. En este caso se le une sin más requisito. Debe ser un rasgo sentimental atávico de la ley. Un verdadero «salto atrás».

Él se acarició el cabello pensativo. Su palidez me causaba tristeza porque demostraba su desaliento. Al fin habló.

—Es necesario que vuelvas con tu padre —me dijo—. Yo pensaré en hallar la solución adecuada. Mientras tanto, procura que no conteste claramente a Delhart. Y si él mismo te habla de sus pretensiones, cosa que casi forzosamente ha de hacer, haz todo lo que esté en tu mano por darle largas. Y confía en mí, pues estoy decidido a que no seas su mujer. Durante unos días no hemos de vernos.

Y así quedaron las cosas. ¿Por qué había nacido nuestro amor con tan extraordinaria fuerza? No lo sé, lo cierto era que no podíamos resignarnos ya a perdernos mutuamente. ¿Cómo lograría arreglar una cosa tan difícil? No quería pensar en ello, porque tenía confianza ilimitada en que lo había de conseguir. Cuando volví a casa estaba más contenta. Aquella noche pude dormir mejor de lo que había pensado.

* * *

Pasaron tres días angustiosos. No podía resistir sin sufrimiento aquel modo de esperar los acontecimientos. Estaba esquiva con todo

el mundo incluso con mi padre. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto estaba padeciendo él también!

En la tarde del tercer día llegó a buscarme apresuradamente un soldado.

—Miss Vosmaecker —me dijo sin más preámbulo—, ha de acompañarme ahora mismo al campo de tiro. Se la llama con toda urgencia.

—¿Al campo de tiro? ¿Y quién me llama?

—El capitán Kurnitz. Por ahora no puedo decirle más.

Me faltó tiempo para bajar, entrar en el vehículo que me esperaba con otro soldado al volante y volamos materialmente a través de las calles hasta llegar al lugar en cuestión. Allí, me encontré con un espectáculo doloroso y totalmente inesperado.

En medio de un grupo de hombres de uniforme, estaba Albert caído en el suelo. Estaba en mangas de camisa y tenía una gran mancha de sangre en mitad del pecho. Al mismo tiempo entreví al coronel Delhart que con mucho empaque se alejaba en un vehículo militar. Me di cuenta de que se había celebrado un duelo en el que mi novio había llevado la peor parte. Los desafíos eran bastante frecuentes en Heliosburg, empleándose en ellos, por una tradicional costumbre, armas y proyectiles antiguos. En aquella ocasión se habían utilizado pistolas con bala de plomo y por ello aún vivía Albert. De haberse utilizado los proyectiles desintegradores a estas horas estaría convertido en un informe montón de carne humeante.

Me abrí paso entre aquellos hombres de los que uno de ellos estaba arrodillado junto al caído para contener la hemorragia. Albert me vio y sonrió débilmente.

—Ya lo he arreglado, querida —me dijo muy bajo.

¿Cómo podía decir aquello? Y de repente, la luz se hizo en mi cerebro. Él estaba en grave peligro y no existía obstáculo alguno para que nos casaran sin perder más tiempo. ¿Pero a qué precio lo había logrado?

Allí mismo nos unimos en tan sagrado enlace hasta que la muerte nos separase. Lo cual parecía que había de suceder antes de que se consumase el matrimonio.

* * *

Mas las cosas sucedieron de muy distinta manera de como hacían suponer todas las circunstancias. Se obró un milagro y él no murió. Al cabo de algún tiempo de luchar venció a la muerte y llegó un día en que estuvo restablecido por completo. Habíamos triunfado por entero, pero presentíamos que el burlado coronel Delhart nunca nos lo perdonaría.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO IX

MARCHA DE APROXIMACIÓN

Continúan los recuerdos de Mr. Albert Kurnitz - Centreville (California). Junio de 1955.

¿CÓMO pude subsistir en aquel pequeño oasis de plantas carnosas? No lo recuerdo casi. Sólo que no podía salir de allí, so pena de perderme en las infinitas extensiones solares, sin alimento ni agua. Allí, por lo menos, podía comer y beber, aunque hubo momentos en los que pensé poner fin a mi vida con el mismo lanzallamas que guardaba como arma defensiva, aunque nunca lo tuve que utilizar. Gracias a Dios aquellas plantas constituían verdaderos depósitos de agua vivientes y los animales, de carne comestible, se dejaban atrapar fácilmente. El lanzallamas los hubiera abrasado en un momento, por mucho que hubiese reducido su poder con el dispositivo de graduación.

Pero pude resistir el impulso suicida y un día tuve la sorpresa de encontrar a hombres como yo.

Al principio me llevé un respetable susto, e incluso me dispuse a la defensa con mi lanzallamas, creyendo que serían amigos del miserable Renfrew, pero no llegué a utilizarlo contra ellos porque me

convencí de que nada tenían que ver con él. Me fui con ellos, o mejor dicho, me llevaron y así tuve ocasión de conocer la fabulosa ciudad de Heliosburg.

Allí me enteré de muchas cosas, pero un hecho destaca de todos por la importancia que tuvo para mí. Fue mi encuentro con Esther Vosmaecker, hija del sabio Karl Vosmaecker, uno de los que partieron en la *Dafne* en compañía de Renfrew.

Por ella supe la serie de hechos que originaron su conversión en un proscrito, enemigo de la humanidad y aliado de los hombres de fuego.

Pero el encuentro con Esther fue lo más importante, porque la quise desde el primer momento y ella me correspondió igual. Mas nuestro amor encontró algunas dificultades, la mayor de las cuales fue el coronel Delhart.

Tuve que desafiarle y nos batimos a pistola en el campo de tiro un día en que no se hacían prácticas de ninguna clase. Mi idea fue la de acabar con él, quitando de en medio un obstáculo que se oponía a nuestra unión. Casi no pensé en que las cosas sucedieran al revés de como lo había previsto, pero cuando se me ocurrió, me dije que si el Destino había dispuesto que Delhart fuera el favorecido, más valía que yo no viviera para saberlo.

Con esta idea me enfrenté a él en el campo del honor. Mas quiso la suerte que me hiriera y me di cuenta de que la misma ley que regía en Heliosburg se convertía en mi aliada porque, viéndome morir, comprendí que me casaría con Esther, sin que nada ni nadie pudieran impedirlo.

Todo salió mucho mejor que lo que yo esperaba y la muerte no quiso llevarme consigo. Al cabo de un cierto tiempo me encontré sano y fuerte de nuevo, y lo que era mejor que todo, dueño por entero de la maravillosa Esther. Nada digo de la vehemencia de nuestro amor porque ya queda dicho al relatar el éxtasis producido al besar a aquella joven que conocí en el baile de despedida en Centreville, ya que era la misma mujer que se trasladó en el Tiempo y en el Espacio

para contemplar la ciudad cuna de mis antepasados.

Mi vida con ella en Heliosburg fue completamente feliz. Sólo existía una pequeña nube negra en nuestro cielo y era el coronel Delhart, que abrigaba contra mí serios deseos de venganza. Era un superior y, en algunos aspectos, estaba en sus manos. Esther no dejó de observarlo y un día me lo advirtió.

—Albert —me dijo—, tengo miedo por ti. Ese coronel Delhart me asusta. Cuando me cruzo con él me mira de un modo muy significativo. Está lleno de deseo y de odio al mismo tiempo, y temo que te haga objeto de alguna mala acción.

—Lo sé, querida, y he decidido tomar toda clase de precauciones para que sus presuntos planes no tengan éxito alguno.

—Guárdate, sobre todo, cuando entres en acción de guerra. Es el momento más favorable para él.

—Ya me lo he figurado también, y bien quisiera contribuir a la acción en una unidad ajena a sus decisiones estratégicas, pero mi unidad la tengo preparada y ya no se puede cambiar.

—Entonces, ¿no puedes pedir destino a otra unidad más alejada de lo que ha de ser la primera línea?

—Ni puedo ni quiero. Ya sabes que mi deseo es estar de los primeros que lleguen hasta el mismo Cuartel General de Renfrew para hacer justicia. Eso está por encima de Delhart y sus manejos. Además, es de esperar que en plena acción tenga cosas más importantes en qué pensar y problemas intrincados que resolver. La Jefatura de un Estado Mayor en instantes decisivos no es cosa ligera. Te lo puedo asegurar.

Como ella seguía intranquila, a pesar de mis palabras, procuré distraerla de su obsesión hablándole de otras cosas más alegres, como eran nuestros proyectos para cuando nos instalásemos en Bastinor o de nuestros deseos de volver a Mercurio cuando existiera una correspondencia de viajes entre el planeta y el Sol.

Así transcurrieron los días, hasta que llegó el señalado por

Crabbe para la partida del ejército que había de terminar con la amenaza de nuestros enemigos. Hablaré un poco de su organización.

Formábamos cuatro divisiones de 15.000 hombres cada una. Tres eran normales y una de Atomizadores de gran potencia y alcance, aparte de otras Unidades de Proyectiles Dirigidos, Servicios, etc. Yo pertenecía a la 1ª División normal, 2º Regimiento, 1er Batallón y 2ª Compañía, siendo ternaria la organización de cada Gran Unidad. Mi compañía había de marchar en cabeza en el momento del asalto a la ciudad, o antes si los hombres de fuego nos presentaban batalla en la llanura. Los Cuerpos no disponían de elementos antiaéreos porque no se conocían proyectiles dirigidos en Bastinor, al menos no fueron en mi astronave ni en otras anteriores y según los mandos no habían dispuesto de medios ni tiempos para fabricarlos desde la llegada de Renfrew. En cuanto a los elementos antiblindaje energético, cada División contaba con los necesarios para destruir cualquier ingenio energizado de que dispusieran. De estos sí que habían ido en la astronave, pero tales artefactos no tendrían aplicación táctica apropiada dado su carácter eminentemente ofensivo y en acciones rápidas.

En cuanto al armamento individual constituía la más notable conquista de los técnicos de Heliosburg. En su preparación había intervenido Karl Vosmaecker.

Como bien sabía yo, los hombres de fuego resistían las descargas atómicas impunemente, y se pensó dotar a nuestras unidades de armas con proyectiles desintegrables al choque con producción de intenso frío. El frío, pues, era el elemento capaz de acabar con aquellos organismos, presumiéndose que la temperatura de 1.000 bajo cero que se produciría en cada explosión sería suficiente para conseguir lo que no lograban las escisiones corrientes de los proyectiles atómicos. Éstos quedaban destinados a la destrucción de los elementos defensivos y ofensivos de que dispusiera el enemigo.

El día «D», señalado para la salida de las gigantescas columnas a la superficie del Sol iniciando la marcha de aproximación hacia el

enemigo, me despedí de Esther que se quedó en casa con los ojos anegados en lágrimas, y me dirigí a nuestro acuartelamiento para dar a conocer a mis oficiales las disposiciones para mi Unidad, derivadas de lo que disponía la Orden de Operaciones Nº 1 referente a la marcha de aproximación y toma de contacto.

A mis órdenes tenía tres oficiales que mandaban cada una de las unidades inferiores. John Curtis, un mocetón pelirrojo de mandíbula cuadrada, mandaba la primera; Alan Role, delgado y simpático, la segunda y el veterano Aldous Walgon, la tercera.

Les reuní en mi oficina.

—Señores —empecé diciendo—, dentro de unas horas se va a emprender la marcha de aproximación, empezando las operaciones contra los habitantes de Bastinor. Debemos todos estar preparados para ello por las diferentes Órdenes preparatorias que ya conocemos, pero el Mando ha dejado para última hora las disposiciones referentes al orden de marcha y los aparatos de la Orden de Operaciones de nuestra División, cuyo detalle ya obra en mi poder.

—La situación general es conocida de antemano, ¿no es así? —preguntó Curtis.

—Sí, se cree que no se tropezará con el enemigo durante la marcha, por lo menos en formaciones grandes y preparadas. No se tiene noticia de que conozcan nuestras intenciones. Hasta la fecha no tenemos prisioneros, por lo que no sabemos ciertamente el grado de moral combativa que poseen, aunque el Mando estima que será elevada. En cuanto a la situación del enemigo, hemos de referirnos a la misma Bastinor, puesto que se presume que será su posición de resistencia. No creo que haya necesidad de decirles los detalles de la elevada posición que ocupa, en el centro de una altura a continuación de la zona pantanosa, porque todos ustedes están empapados del conocimiento de ellos por el estudio de los datos recogidos hasta ahora. Como ya saben, no se conocen obras de fortificación en campo libre.

—Conforme —contestó Curtis después de tomar nota de todo—.

¿Y nuestras misiones? Prácticamente las sabemos ya, porque tenemos bien estudiado el asunto, pero de todos modos conviene concretar.

—La misión de nuestra Gran Unidad es, encuadrada por las otras dos, alcanzar a las dieciocho horas del día «D + 7» el límite de la zona pantanosa con la llanura de Bastinor, y, allí, prepararse para el asalto después de la preparación artillera que será efectuada por los elementos no divisionarios. Todo ello en el supuesto de que antes no se haya tomado contacto con el enemigo, en cuyo caso la consigna es destruirlo en lo posible.

—¿Cuál es la idea de la maniobra?

—Alcanzar el objetivo mediante marchas en etapas de cincuenta kilómetros llevando el esfuerzo principal la División de Vanguardia. Respecto a la organización del movimiento, se marchará en dos escalones. El primero lo formarán los Regimientos números 1 y 2 y en segundo escalón el Nº 3. Dentro de nuestro Regimiento marchará en cabeza nuestro batallón y dentro de él nuestra compañía, flanqueada por las otras dos. El dispositivo inicial se irá variando cada día al objeto de que las unidades se turnen en el esfuerzo principal. Les leeré los apartados referentes a la vanguardia, porque nos interesan directamente y más ligeramente lo referente al grueso, unidades ligeras, atomizadores pesados, y la segunda parte de la Orden referente a Servicios, cosa que además, ya se tiene estudiada.

Se los leí, haciendo hincapié en lo referente a los centros de Información y a las instrucciones para el empleo de los medios de comunicación, que eran, durante la marcha, los televisores y enlaces átomo-propulsados. Respecto al código de señales, abreviaturas y cifrados para las órdenes, nada tuve que añadir porque ya lo sabían.

—¿Y los prisioneros? —inquirió Role.

—Si se hace alguno durante la marcha de aproximación, se remitirán al Centro de Información avanzado.

—¿Y los partes?

—Me los darán al final de cada salto, en cada relevo y siempre que haya novedad, más los reglamentarios. Personalmente en las detenciones y por televisión durante la marcha.

No quedaba por disponer más que el orden de marcha dentro de la compañía. Las tres unidades inferiores marcharían en punta de lanza siendo el vértice avanzado, inicialmente, la de Role, el flanco derecho Curtis y el izquierdo Walgon. Como nuestra compañía ocupaba el vértice avanzado dentro del batallón y éste lo mismo dentro del Regimiento, resultaba que marcharíamos totalmente en cabeza de la vanguardia. Yo iría en el centro de la formación con los demás elementos de la compañía.

Cuando terminé de dar las órdenes, los oficiales se retiraron a preparar lo necesario para estar listos y embarcar en sus respectivos átomo-propulsores cuando se señalase el momento. Había uno de éstos por cada pelotón de gelificadores portátiles y otro para los mandos de cada unidad, con lo que todas las fuerzas eran átomo-propulsores-acorazadas, porque, además, cada vehículo disponía de coraza y de elementos de tiro rápido, aparte de su capacidad de transporte.

Por fin llegó el momento de iniciar el desfile. A través del transparente casco de mi vehículo pude ver nuestra casa y a Esther en una de las ventanas con su mirada fija en mí, aunque sin verme; me había localizado y como sabía que yo la vería me envió un beso. Correspondí al gesto, aunque sabía que no llegaría a captar mi imagen.

Y así empezó la marcha sobre Bastinor.

La primera etapa se cubrió sin incidentes ni novedades por parte del enemigo. Pasamos muy cerca del lugar donde aterrizó mi astronave y recordé las aventuras pasadas. A mis flancos marchaban con regularidad las unidades de Curtis y Walgon y delante Role abría paso con sus pelotones distribuidos según un perfecto sentido táctico.

Cuando hubimos recorrido los cincuenta kilómetros asignados a aquel día comuniqué con el Puesto de Mando Móvil del Batallón y

recibí orden de alto. Inmediatamente me puse en contacto con mis oficiales a través de los televisores.

—¡Curtis! ¡Role! ¡Walgon! Hagan alto y prepárense a constituir el estacionamiento.

—Enterado —contestaron los tres casi al mismo tiempo—. ¿Se adopta dispositivo de seguridad en reposo? —añadieron.

—Sí, pero sólo lo reglamentario en caso de encuentro no probable con fuerzas organizadas. Designen las escuadras necesarias y los turnos.

Descendí de mi vehículo y marché a reunirme con los capitanes de otras compañías, después de dar las novedades, para comentar las incidencias de la jornada. Eran las veinte horas y dentro de poco se cenaría para luego descansar. Terminada la cena, revisé el estado de los hombres, material, armamentos, recibí los partes y me acosté después de dar mi aprobación a los servicios.

La segunda jornada y siguientes se desarrollaron de modo parecido a la primera. Se varió el dispositivo de marcha y como nos íbamos acercando ya al enemigo se montó la seguridad próxima para el caso de posible toma de contacto. La seguridad lejana de la División estaba encomendada a las unidades de proyectiles dirigidos que diariamente lanzaban alguno provisto de cámaras televisoras y cinematográficas que iban transmitiendo automáticamente los resultados de la observación al Puesto de Mando Divisionario. Se contaba, además, con proyectiles con carga atómica que permanecían en reserva.

Todos gozábamos de perfecta moral siendo, por lo general, optimistas los cálculos de mis soldados y mandos. De entre los oficiales, Curtis era el más exaltado de todos. Como era expansivo, lo mismo que Role, hice verdadera amistad con ellos, lo mismo que con el adusto, pero leal y eficiente Walgon, comentando con frecuencia el resultado calculado de la operación.

—¿Usted cree que nos opondrán seria resistencia esos hombres de fuego? —me preguntó un día Curtis.

—Creo que sí. Sin que esto quiera suponer la más mínima crítica sobre las previsiones del Mando, opino que han de ser unos enemigos más temibles que lo que se espera en general. Conozco las armas que tienen en su poder y son casi tan perfectas como las nuestras, aunque creo que en menor cantidad. Nuestra ventaja estriba en los proyectiles dirigidos que pueden destruir sus reductos y en los gelificadores, pero en cambio somos vulnerables a las armas corrientes; no hay que olvidarse que los gelificadores no han sido probados «in vivo» en ellos.

—Pero contamos con la sorpresa —objetó—, o creemos, al menos, contar con ella, y es uno de los factores del triunfo.

—Sí —asentí riendo—, y con los otros factores también. No nos falta voluntad de vencer, ni medios, ni acción conjunta y equilibrada. Pero sigo creyendo que el triunfo habrá que conseguirse a pulso.

—Es usted muy pesimista.

—No es eso; lo que ocurre es que no quiero ser demasiado optimista, que no es lo mismo. Pero no quiero influir en usted respecto a su ilusión por la lucha. Al fin y al cabo, ustedes los de Heliosburg tienen más elementos de juicio que yo, puesto que conocen mejor el terreno, e incluso al enemigo. Y a propósito, ¿cómo es Bastinor? ¿Usted sabe algo sobre esa ciudad?

—Sí; formé parte de una de las patrullas que salieron con la misión de localizarla, esquematizar sus contornos a ser posible, hacer una descripción de sus defensas y fijar los detalles topográficos del terreno. En realidad, nuestras patrullas permitieron crear toda la cartografía de que se dispone y sobre la que se ha estudiado la operación. La ciudad propiamente dicha está situada sobre un montículo de materiales duros mucho más estables que los que componen el suelo de la llanura y está constituida por un conjunto de fortalezas de piedra gris muy oscura, rodeada cada una de antiguos fosos secos, que en la actualidad están convertidos en campos de minas, más un sistema de fortines semienterrados construidos posteriormente.

—¿Son muy elevados esos castillos?

—Según se mire. Su altura es enorme, pero si la contamos a partir de la superficie general del suelo es relativamente escasa, apenas unos tres pisos, pues las restantes plantas están a nivel más bajo que el suelo, ya que el foso es muy profundo. Creemos que los fortines se comunican entre sí y con sus fortalezas respectivas, por medio de galerías subterráneas.

—¿Y la protección lejana? ¿No tienen creada una zona de vigilancia? ¿Ocupará la zona pantanosa?

—Puede ser que sí. Lógicamente consistirá en patrullas aisladas dotadas de armamento individual, muy ligero pero de la mayor potencia destructiva posible y sin apenas obras de fortificación, pues es natural que el mismo terreno les oculte de las vistas enemigas y obligue a la lucha cuerpo a cuerpo. En un sitio así, bien pegados al terreno, será dificilísimo desalojarles. Naturalmente que una zona de vigilancia no tiene por objeto detener definitivamente al enemigo y los hombres que esperen allí el avance adversario a la larga tendrían que capitular o huir, pero le fuerzan a una detención suficiente para preparar los fuegos de retaguardia y organizar la defensa definitiva, aparte del debilitamiento lógico del presunto invasor.

—Pero todo eso, Curtis, supone una verdadera organización defensiva con medios suficientes. Y el material que se trajo de Mercurio en unas y otras expediciones no es suficiente para dotar a todos los islotes y los hombres necesarios. Recuerdo que cuando sufrimos el asalto de Renfrew y sus hombres de fuego, recién llegados al Sol, aquéllos no llevaban más armamento que unos toscos garrotes. ¿Cómo han podido avanzar tanto desde aquel día hasta hoy?

—No crea que entonces únicamente dispusieran de esos toscos garrotes que dice. Lo que sucedió es que no creyeron oportuno proveerse de elementos más contundentes. Si mal no recuerdo se sabe por sus propias declaraciones, capitán, que la victoria sobre ustedes fue aplastante, sin que pudieran causarles casi ni una baja.

Además de contar con la sorpresa proporcionada por una traición, eran muchísimos más.

—Es cierto, no había pensado en ello.

—Además, un equipo más pesado les hubiese molestado e impedido una marcha rápida hacia el lugar donde ustedes cayeron, pues no creyeron oportuno utilizar transportes atomizados. Y ese Renfrew ha podido disponer de algún tiempo para organizarlos e incluso crear otros nuevos. Las observaciones de patrullas que le he referido fueron hechas apenas hace unos meses, por lo que se puede decir que son de actualidad.

—¿Sería arriesgada esa misión?

—Lo era, efectivamente; varias de ellas se perdieron. En la mía hubo mucha suerte aunque nos costó infinito trabajo la infiltración a través de la zona pantanosa sin ser vistos, cargando con el material cartográfico necesario, trazar nuevos esquemas, reunir los datos y volver a atravesarla en sentido inverso. Entonces no apreciamos esa red de vigilancia de la que le he hablado, pero si ellos esperasen nuestro ataque la habrán organizado, no le quepa la menor duda. Sólo existían entonces patrullas sueltas que hubimos de esquivar. Nuestras observaciones se completaron con las hechas desde el aire por proyectiles dirigidos.

Así, Curtis me fue informando sobre el particular toda su experiencia de veterano. También Role era veterano, y más aún Walgon, aunque éste, más pesado y con menos conocimientos científicos, no había participado en aquellas misiones que unos miles de años antes se llamaban comandos. Por contra, era buen conocedor de la psicología de los soldados, siendo inmejorable para el mando de su unidad a la que manejaba maravillosamente.

Cinco días después de nuestra salida de Heliosburg encontramos una escuadra enemiga en medio de la llanura, lo cual cambiaba las cosas.

Aquel día nuestro Regimiento volvía a marchar en cabeza. El avance era difícil por la escasa resistencia del suelo, donde se

hundían los vehículos; por eso los cincuenta kilómetros de recorrido tardaban bastante en cubrirse. Tampoco convenía recorrer la distancia entre el punto de partida y Bastinor en menos etapas, para dar lugar al establecimiento de las columnas y centros de abastecimiento y municionamiento, verdadero cordón umbilical que nos unía con Heliosburg, ya que de ningún modo se podía pensar en el procedimiento de «vivir sobre el país». Merced a esto, contábamos con unos servicios escalonados que nos suministraban todo lo necesario.

Walgon marchaba en punta y estábamos a mitad de la jornada cuando recibí su parte por la pantalla.

—Existe presencia de enemigos al frente —anunció—, creo que a unos cinco kilómetros delante del primer átomo-propulsor. Son ocho o diez hombres armados; espero órdenes.

Enfoqué la televisión hacia donde me indicaba y divisé la patrulla. No había duda. Eran nueve hombres de fuego y estaban preparándose para dar la alarma.

—Haga fuego con dispositivo silencioso —ordené a Walgon—. Utilice los gelificadores portátiles disparando sobre blanco seguro; hay que aniquilarles en el menor tiempo posible.

—Enterado —respondió. Y acto seguido abrió fuego.

Mientras tanto, comuniqué la novedad al jefe del Cuartel General de la División directamente y en primer lugar por su importancia. Inmediatamente se mandó alto general.

Walgon, para abrir fuego, había detenido sus vehículos y mandaba desplegar sus hombres. Se abrieron las compuertas y los soldados descendieron con rapidez, adoptando la postura conveniente en el terreno después de desplegar, apuntaron sus gelificadores e hicieron fuego. Los nueve hombres enemigos fueron alcanzados y ello mostró de modo incuestionable la eficacia de aquellas armas. Les vi recibir los proyectiles y derretirse materialmente en medio de una nube de vapor; después quedaron tendidos en el suelo deformados por completo e indudablemente muertos. Mas quedó la duda de si

habrían conseguido comunicar su descubrimiento a su base. Desde luego, era muy difícil mantener en secreto tan formidable organización guerrera como era la nuestra, a pesar del silencio con que se efectuaba el avance.

CAPÍTULO X

LA CONQUISTA DE BASTINOR

EL día previsto se llegó al borde de la zona pantanosa. El panorama era totalmente nuevo para mí. Esta zona debería ser atravesada en un día por las divisiones normales, mientras los elementos atomizadores, los servicios y los cuarteles generales tomaban posiciones a retaguardia de los pantanos, es decir, sin avanzar más allá de donde nos encontrábamos en este momento.

O sea, que había terminado para ellos la marcha de aproximación. Inmediatamente empezarían sus concentraciones de fuego sobre los objetivos previstos para facilitar la labor de nuestras unidades.

A la hora prevista del día siguiente, del cual y antes de sus dieciocho horas había de alcanzar el límite opuesto, nos internamos en los pantanos. Como allí empezaban, prácticamente, las operaciones, nos colocamos en línea ampliando muchísimo el frente y disminuyendo el fondo, enlazándose por los flancos las distintas unidades. El cerco se cerró del todo, después de ampliarse los intervalos todo lo necesario.

En las pantallas televisoras hice aparecer las imágenes de mis oficiales que me fueron comunicando constantemente sus impresiones. Estaba intranquilo por lo que me dijera Curtis sobre la defensa de la zona. Había órdenes de exagerar la vigilancia y estar dispuestos para utilizar en la lucha próxima, donde rendían su máxima eficacia, los gelificadores. Role iba en cabeza y los otros dos ocupaban los flancos.

La imagen de Role me sonreía desde la pantalla mientras me comunicaba sus impresiones.

—¿Le extraña este paisaje, capitán?

—Sí, Role, es fantástico. Creo que será dificilísimo alcanzar el otro borde en una sola jornada. Los vehículos se hunden hasta las dos terceras partes de su altura en este fango caliente. Es muy desagradable la marcha.

—Lo peor es que el vapor que llena la atmósfera está cargado de emanaciones sulfurosas. Sería penosa una lucha fuera de los átomo-propulsores.

En aquel momento me acordé de Curtis y de lo que había hablado con él.

—¡Curtis! —llamé—. ¿Cómo pueden existir obras de fortificación, aunque fueran de lo más elemental, en este terreno inconsistente y lleno de humedad? Yo creo que aquí no hay quien pueda organizar nada.

—No lo crea así, señor, ya le dije que apenas existirían, si existían, esas obras de fortificación, pero además tenga en cuenta la naturaleza de nuestros enemigos. Lo que para nosotros sería imposible para ellos puede no serlo.

De pronto su rostro se tornó púrpura por la excitación.

—¡Alarma, señor! —gritó dirigiéndose a mí.

—¡El enemigo!

—¡Pie a tierra todos! —gritó ahora a sus hombres siguiendo las instrucciones recibidas.

Role y Walgon adoptaron idéntica medida. Miré a mi alrededor y vi enseguida a los hombres de fuego.

Salían de entre el mismo barro donde habían permanecido enterrados, completamente inmóviles hasta que nuestras formaciones se introdujeron en aquella zona hasta su mitad. En este momento brotaron por todas partes armados de atomizadores ligeros. Reconocí en el acto el K-21, modelo usado en Mercurio cuando yo formé parte de la expedición.

Nuestros vehículos abrieron sus compuertas vomitando docenas de hombres armados de gelificadores y cubiertos con trajes térmicos y antirradiactivos, colocados desde la iniciación de la etapa con el doble objeto de ser invulnerables tanto a las radiaciones y cenizas radioactivas que las descargas podían dejar flotando en el ambiente, como a las bajas temperaturas desarrolladas por los impactos de los gelificadores. A través de los cascos transparentes veía los rostros convulsos de los soldados que se aprestaban a la lucha. Curtis, Role, y Walgon daban órdenes de disparar constantemente. Las distancias entre los combatientes eran escasas.

—Capitán Kurnitz llama al jefe del batallón —llamé ante los micrófonos—. El contacto con el enemigo ha sido brusco. Es necesaria la alarma a todas las unidades. En la mía se lucha en estos momentos.

—Bien hecho, capitán —aprobó el jefe—. Siga combatiendo hasta el total aniquilamiento o la huida del enemigo. La toma de contacto ha sido simultánea en toda la columna.

Después me ordenó:

—¡Abandone su vehículo si no quiere ser atomizado!

—¡Abajo todos! —ordené al conductor y artilleros de torreta. Y dando un salto, después de abrir las compuertas, salí yo primero.

La lucha era terrible. Los hombres de fuego, llenos de barro por todas partes y despidiendo llamaradas disparaban sus armas contra nuestros soldados que se pegaban materialmente al terreno para ofrecer menos blanco. Aun así empezaron a producirse bajas.

Pero los diabólicos enemigos estaban firmemente convencidos de su invulnerabilidad ante nuestras armas que desconocían y saltaron hacia nuestros hombres con un desprecio absoluto hacia ellos.

Yo estaba en el centro de la casi dispersa formación cuando, de repente, me encontré ante la misma boca de un atomizador enemigo y justamente tuve tiempo de saltar a un lado mientras el temible proyectil se hundía en el fango cerca de uno de nuestros vehículos al

que averió la explosión. Disparé a quemarropa mi gelificador de mano viendo caer muerto a mi enemigo. Animado, seguía disparando admirándome y felicitándome a mí mismo porque no había sido alcanzado por ninguno de los proyectiles que silbaban peligrosamente cerca.

Curtis y sus hombres se batían bravamente, lo mismo que Role y los suyos. Walgon, en cambio, cayó enseguida y uno de sus suboficiales tomó el mando de la unidad.

Creo que nuestra victoria en aquella fase de la batalla se debió a la desmoralización causada al enemigo por nuestras armas. Sin duda fue al sentirse vulnerable después de haber esperado lo contrario. Al cabo de un rato, y después de haber sido muy castigadas sus filas, empezaron a huir. Había que aprovechar el éxito.

—¡Duro con ellos, Curtis! ¡Role! ¡Kelly! (Este último era el suboficial que mandaba la unidad del pobre Walgon) ¡Persíganles! Los conductores a sus vehículos —añadí— y sigan a poca distancia con los artilleros de torretas también en sus puestos.

Las órdenes fueron obedecidas. Corrí a mi átomo para seguir de cerca el resultado de la persecución.

* * *

En aquella jornada fueron muertos varios miles de enemigos, quebrantando su ejército. Al final, se hizo recuento de hombres y material, se trasladaron los heridos a retaguardia, se enterraron los muertos y se reorganizaron las unidades. Di el parte correspondiente al jefe. Después de la persecución y haciendo un esfuerzo se llegó al límite previsto.

—Se ha cubierto el objetivo designado por el Mando en la Orden de Operaciones Nº 1 —dije— y destruidas las fuerzas de cobertura lejana de Bastinor.

—¿Cuántas bajas ha tenido?

—Veinte muertos, de ellos el teniente Walgon, un sargento y el resto tropa. En el parte por escrito se especifican los nombres de

todos. El material perdido son dos átomo-propulsores de pelotón y uno de mando. Se han reorganizado las unidades a base de lo que ha quedado.

—Está bien. Acampen en la llanura. Pero preparados para el ataque, que será enseguida. Le espero en mi oficina para adoptar las medidas oportunas para el desarrollo de la Orden de Operaciones Nº 2 referente al ataque.

Por entonces ya se estaba efectuando la preparación artillera y el bombardeo por proyectiles dirigidos. Se oía el ruido de los tubos atomizadores pesados que arrojaban proyectiles sobre Bastinor. El aire era surcado también por miles de proyectiles dirigidos desde el Cuartel General de Crabbe. Allá a lo lejos se elevaron las siluetas siniestras en forma de hongo de las explosiones atómicas.

Cuando regresé de la oficina del Jefe y después de dar todas las órdenes oportunas a mis hombres, tuve unos minutos libres en espera de que me señalasen el momento del avance, y pude contemplar la destrucción. Enfoqué mis telegemelos hacia Bastinor.

Moles enteras de cientos de toneladas de piedra y acero saltaban a tremenda altura entre las humaredas de las explosiones y verdaderas nubes de cenizas subían hacia el cielo girando entre sí y formando después la figura tan conocida. El retemblor del suelo era constante.

—Buen espectáculo, ¿verdad, señor?

Me volví. Era Curtis, con su rojo cabello alborotado y su pecosa cara todavía manchada de barro, quien me dirigía la palabra. En sus ojos brillaba la excitación.

—Sí que lo es. Pero hay que tener en cuenta que, si estamos destruyendo las obras defensivas del enemigo, e incluso la misma ciudad quedará reducida a escombros, no podemos decir lo mismo respecto a su elemento humano, si humanos se pueden llamar a esos demonios. Quedarán debajo de esas nubes tan tranquilos, muchos serán sepultados entre los escombros, pero unos y otros se revolverán y nos presentarán batalla tan tranquilos.

—Desde luego, pero esa destrucción que convertirá a Bastinor en una gran llanura echando abajo todo el dispositivo de fortificación, nos simplifica enormemente nuestra misión, pues marcharemos sin obstáculo alguno ni miedo alguno a las minas. Sólo habrá que preocuparse de los hombres.

—No sé por qué me parece que todo no va a ser tan sencillo.

En aquel momento recibí órdenes de estar prevenido para entrar en acción. Volví a mi vehículo y Curtis se encaminó al suyo. Se ordenó a todos los hombres estar preparados para el combate.

Nos colocamos todos de nuevo los trajes térmicos y antirradiactivos y se comprobó el perfecto estado de funcionamiento del armamento.

Enseguida estuvo toda la compañía embarcada en sus átomo-propulsores y dispuesta para la lucha. A nuestros flancos, y hasta perderse en el horizonte, se veían todas las unidades en idéntica actitud.

Yo estaba con los nervios en tensión delante de las pantallas televisoras en comunicación constante con el Jefe y con mis hombres. La cara del primero estaba seria mientras contemplaba fijamente el cronómetro.

De pronto dejaron de percibirse las explosiones. Él esperó unos segundos, enseguida me dirigió la mirada y ordenó:

—¡Adelante!

Zumbaron los motores y todo el cerco ofensivo se puso en marcha subiendo hasta Bastinor a toda velocidad. Mi objetivo era una zona determinada que se veía en la pantalla casi totalmente arrasada en medio de la nube de cenizas. Tenía distribuidas las zonas de acción de cada oficial, y yo me reservé con un grupo de hombres escogidos el asalto a un torreón gigantesco que por un milagro se mantenía aún en pie dominando el campo. Esperaba que desde aquel baluarte nos hicieran fuego, pero ante la general sorpresa no fue así.

Los vehículos ascendieron sin haberles sido hecho ni un disparo

hasta menos de cien metros de la ciudad, atravesando el foso relleno de escombros. A aquella, distancia juzgué oportuno destruir el torreón con mis medios propios.

—Disparen sobre él —ordené a los artilleros de torreta.

Silbó el proyectil que se estrelló contra los sólidos basamentos de piedra gris. Toda la construcción saltó hecha pedazos.

En pocos momentos empezaron a entrar en la ciudad.

—¡Fuera de los vehículos! ¡Avanzar en orden de combate! —ordené por los transmisores.

Los soldados se lanzaron al exterior quedando tendidos y protegiéndose en los accidentes del terreno, que eran muchos, pues todo estaba lleno de montones de piedra y cascotes. Progresivamente fueron avanzando en saltos de unos veinticinco metros para ofrecer el mínimo blanco. Batieron las ruinas con sus gelificadores.

Pero aquella acción nos deparaba una gran sorpresa.

Al cabo de unos momentos había entrado en lo que quedaba del torreón convertido en mi objetivo personal y en lugar de reunión con los oficiales para recibir los partes.

Pero allí no apareció ni un solo hombre de fuego. Registré minuciosamente las ruinas, pero ni rastro de enemigos. En la búsqueda apareció un conducto abovedado que bajaba al subsuelo para comunicar con la red de fortines que lo rodeaban y que estaban completamente destruidos. Estaba igualmente desierto. Ni siquiera apareció un solo cadáver. Aquello era inexplicable.

Al cabo de un rato se presentó Curtis, enseguida Role y por último Kelly.

—No hay ninguna novedad en cuanto a la ocupación de objetivos —me dijeron—. Se ha conquistado nuestro sector sin sufrir ni una baja, pero sin que haya hecho presencia el enemigo. Creemos que en los restantes sectores ha ocurrido lo mismo. Se puede afirmar que Bastinor entera ha caído.

No quedaba más remedio que comunicar el resultado al Jefe del Batallón y así lo hice.

—¿Existe la posibilidad de que hayan sido desintegrados todos los hombres por las explosiones atómicas?

—No lo creo, señor. De cualquier modo hubiésemos encontrado vestigios de ellos, armamento abandonado, algo, en fin; pero no se ha encontrado ni rastro. ¿Qué hacemos?

—De momento, como se ha cubierto el objetivo, distribuya sus hombres en su zona, preparando el terreno para efectuar el estacionamiento y tomando las medidas necesarias para la mejor conservación de las posiciones. Mientras tanto consultaré con los Mandos. Ya le tendré al corriente.

Así quedaron las cosas. Transmití estas instrucciones a mis hombres que se prepararon para construir todos los reductos antiatómicos necesarios y las fortificaciones de las zonas en combinación con las otras compañías.

Medité sobre la situación.

Aquella vez, Renfrew había empleado a sus hombres con inmejorable sentido estratégico, pues había sacrificado la ciudad, en donde hubiese sido vencido antes o después, para un golpe de sorpresa contra nosotros, pues según yo veía las cosas, ahora la iniciativa pasaba a sus manos. Había comprendido que el objetivo verdadero no era la posesión de la misma ciudad, sino el aniquilamiento del enemigo. Nosotros habíamos entrado en Bastinor, pero no habíamos causado al enemigo ni una baja y, en cambio, podíamos estar situados desfavorablemente.

La tropa trabajaba febrilmente en el acondicionamiento de la ciudad. Yo estaba revistando los trabajos cuando llegó un enlace.

—Capitán, le llama el jefe del Batallón al televisor. Es muy urgente.

—¡Kurnitz! —me dijo el jefe apenas había entrado en mi vehículo. Veía su cara congestionada, a través del transparente casco,

enmarcada en la pantalla—. ¡Reúna su compañía enseguida! ¡Han atacado a retaguardia para cortar la comunicación y aislarnos! ¡Hay que unirse todas las unidades para presentar batalla, pues me informan que el grueso del ejército enemigo se encuentra allí!

—¿Cómo marcharemos?

—Invirtiendo el orden que trajimos en el avance. Ahora su compañía irá detrás dentro de la formación de línea, mientras que las fuerzas que rodean la ciudad y están acampadas en el foso marcharán delante. Es una operación imprevista y hay que improvisar, pero la urgencia y la gravedad del caso lo requieren. ¡Hay que entrar en acción inmediatamente!

CAPÍTULO XI

LA ANIQUILACIÓN DE UNA PESADILLA

YA me había figurado algo así. Era inexplicable que el enemigo hubiera desaparecido tan misteriosamente de Bastinor sin dar señales de vida. Nuestro error táctico de no habernos asegurado primero de la verdadera posición del enemigo que debió acampar en una zona lejana donde se desarrollaron las operaciones, podía acarrear graves consecuencias para nosotros. Renfrew había conseguido desorganizar nuestra formación para presentar batalla eligiendo el terreno. Evidentemente la patrulla que destruimos en la llanura había conseguido avisarle a tiempo y desde aquel momento se había movido con rapidez.

Embarcaron nuestras tropas nuevamente y nos lanzamos en vertiginosa carrera desandando lo andado.

Estábamos separados de la División de atomizadores pesados, los servicios y Cuarteles generales, que eran las unidades víctimas del ataque, por la zona de pantanos que era necesario atravesar de nuevo, pero a la inversa.

Esta vez a toda máquina. ¡Quisiera Dios que esta zona estuviera desguarnecida, o de lo contrario íbamos todos a pasarlo muy bien!

Mas el enemigo no dio señales de vida en los pantanos y, al fin, entramos en la llanura. Allí el espectáculo era desolador. Miles de enemigos formaban un tremendo círculo encerrando en él a nuestras fuerzas.

Éstas, dirigidas personalmente por el General Crabbe, se defendían rabiosamente, pero como aquellas unidades disponían casi exclusivamente de armamento de largo alcance y gran calibre, eran poco aptas para la defensa cercana.

Los hombres de fuego avanzaban en rápidos tanques con blindaje energético, aparte del metálico, que deshacía los proyectiles antes de que hubiesen conseguido tocar sus estructuras. La situación era desesperada.

Cuando divisé estas escenas en mis televisores, las primeras unidades de nuestra formación ya habían tomado contacto con el enemigo y, cosa rara, los hombres de fuego no hicieron mucho aprecio de la llegada de fuerzas que les atacaban por la espalda. Se destacaron unas cuantas líneas con evidente misión retardatriz en contra nuestra, mientras el grueso seguía machacando materialmente nuestros elementos pesados.

De pronto la voz de Role me hizo comprender esta actitud.

—¡Atención a retaguardia, capitán! ¡Nos atacan por la espalda!

En efecto, oleadas de hombres rojos, frenéticos, se echaban encima de nosotros procedentes de los pantanos donde habían permanecido de nuevo enterrados, pero esta vez sin delatar su presencia hasta que hubimos atravesado tranquilamente la zona.

Sus tanques estaban completamente llenos de barro negro y repugnante que despedían vapores sulfurosos, pero esto no era obstáculo para que sus torretas vomitaran fuego atómico sobre nuestros vehículos.

—¡Adopten las defensas energéticas! —ordené inmediatamente.

Aquella medida evitó que la totalidad de nuestros vehículos fueran destruidos, ganándose unos momentos preciosos en los que

los proyectiles cayeron sobre nosotros sin causarnos daño alguno. Solamente debimos sufrirlo en los primeros momentos de sorpresa.

—Comuniquen bajas —ordené a los oficiales.

—Un pelotón desintegrado —dijo Curtis—. Los demás sin novedad.

—Sin novedad —dijo también Role.

—Sin novedad —dijo Kelly.

Transmití instantáneamente las novedades al Jefe del Batallón.

—Está bien —dijo éste—. Observe que el enemigo ha abandonado sus tanques para ser menos vulnerables al fuego atómico de nuestras piezas de torreta. Avanza para asaltar nuestros vehículos individualmente. Hay que contenerles con los aparatos gelificadores portátiles.

Ordené lo necesario y empezó una lucha a tiros en medio de la llanura. El humo de las explosiones nos impedía fijar la puntería.

Pero llegó un momento en que cesó la resistencia del otro núcleo nuestro. El enemigo acabó de aniquilarles y se volvió. Estábamos cogidos entre dos fuegos.

Se luchó con terrible encarnizamiento. Se disparaba ya a menos de cinco metros haciendo unos y otros constantes movimientos para envolvernos mutuamente, y nosotros para evitar el cuerpo a cuerpo en el que hubiéramos llevado la peor parte. Las unidades que habían ido en vanguardia aguantaban muy difícilmente las embestidas de los atacantes que también habían abandonado sus tanques. Éstos, situados en un escalón retrasado, lanzaban constantemente proyectiles sobre el centro de nuestras formaciones. Nuestros hombres empezaron a caer desintegrados.

Mas en un claro del combate vi algo que me llamó poderosamente la atención. Allá a lo lejos, completamente a retaguardia entre las líneas de tanques, se movía un vehículo de mando y un hombre asomaba la cabeza por encima de la torreta dando instrucciones a la improvisada base de fuegos. Maquinalmente

enfoqué hacia él mis telegemelos de campaña y no pude evitar soltar un juramento. Aquel hombre era el mismísimo Renfrew. Concebí una acción desesperada para acabar con él.

—¡Curtis! —llamé—. Tome el mando. Voy a lanzarme con un átomo-propulsor contra las líneas enemigas.

Diciendo esto me levanté y corrí agachado hacia el interior de nuestras líneas donde se encontraba mi aparato.

—¡Rápido! ¡Hacia las líneas enemigas! —ordené al conductor—. Mantenga las defensas energéticas —añadí para los artilleros.

Volamos materialmente arrollando a los combatientes enemigos. Enseguida tuve encima de la estructura a más de una docena de rabiosos hombres de fuego empeñados en abrir las compuertas y penetrar. Las descargas de los tubos de la torreta nada podían contra ellos.

La marcha se iba haciendo más difícil mientras la barrera energética rechazaba los proyectiles enemigos que se desintegraban. En cambio a aquellos demonios que tenía encima no les hacía mella ni la coraza ni las explosiones tan cercanas. Tenía miedo de que cedieran los dispositivos de cierre y pudieran penetrar. Por si acaso empuñé una pequeña gelificadora y ordené al conductor y artilleros que mantuvieran cerca las suyas. Llegamos así hasta muy cerca de los tanques enemigos.

—¿Hacia dónde? —preguntó el conductor.

—Hacia la fila de tanques. Hay que atravesarla a toda costa.

Nos lanzamos entre dos tanques a velocidad fantástica. Éstos, al ver nuestra maniobra, nos opusieron sus enormes masas cerrando el intervalo que los separaba con toda rapidez.

El choque lanzó abajo a los hombres de fuego que tenía encima y detuvo momentáneamente la marcha.

—¡Fuego contra ellos! —ordené a los artilleros.

Se dispararon los tubos sobre los dos tanques que teníamos

delante. Las explosiones no les causaron daño por la coraza energética. Por un milagro ésta no hizo explotar los proyectiles dentro de los tubos a causa de la proximidad, lo que nos hubiera resultado fatal. Pero en cambio, la reacción los lanzó hacia los lados dejando un espacio libre. El momento fue aprovechado por el conductor que aceleró. Rugieron los propulsores y temblando toda la estructura de la potencia, atravesamos la línea. De pronto y a unos metros de nosotros vi el vehículo de Renfrew.

Nos lanzamos contra él que no pudo eludir el choque y cuando pensaba aprovechar la coyuntura para lanzarme al exterior y destruirlo con una bomba portátil de energía, aunque la operación era peligrosísima para quien la llevara a cabo, sucedió a mi alrededor lo imprevisto.

A causa de la enorme cantidad de disparos hechos con los gelificadores, la temperatura había ido bajando progresivamente y nuestros mandos, ya en situación desesperada, concibieron una idea genial. Hicieron derroche de municiones, que hasta aquel momento procuraban alargar no disparando más que sobre blanco seguro, con toda la rapidez posible. No importaba que los disparos «hicieran carne». Lo interesante era que explotaran contra lo que fuese, hombre, máquina o el mismo suelo y sufrieran la desintegración generadora del frío. Aquella serie de reacciones que producía cada una 1000 grados bajo cero empezó a helar el ambiente y los hombres de fuego perdieron sus energías de un modo lento pero efectivo. Nosotros, en cambio, no lo notábamos gracias a la regulación interior de la temperatura en nuestros trajes térmicos.

Dejaron de funcionar las armas enemigas y los hombres de fuego empezaron a dejarse caer intentando huir arrastrándose lentamente y sin fuerzas en un intento de salir de la zona. Estaban dominados por una extraña laxitud.

Pude bajar tranquilamente de mi aparato ante los ojos de cientos de enemigos que se retorcían arrastrándose con lentitud, y abriendo a viva fuerza las compuertas del tanque de Renfrew entré. El conductor y artilleros me dejaron hacer completamente indefensos. Sus cuerpos

estaban arrugados y fofos y parecían estar descomponiéndose interiormente. Renfrew estaba de pie en un rincón convertido en un bloque de hielo. Como era natural, al no prever las consecuencias de nuestras armas no se había podido proveer de traje térmico, como tampoco sus hombres, y la casi repentina baja temperatura lo había helado. De pronto resbaló y cayó sin que yo pudiera evitarlo. Chocó contra algo y se partió en dos pedazos.

Aquel canalla había pagado su deuda con la justicia. Mi misión estaba terminada.

La victoria fue tan absoluta como inesperada. Antes de que se pasasen las bajas temperaturas, masas enormes de hombres de fuego fueron muertos a mansalva. El cuerpo de Renfrew fue recogido y enviado a Heliosburg y todas las unidades se reorganizaron. Parte de ellas volvieron a Bastinor para quedar allí continuando las obras y las restantes regresaron victoriosas a nuestra base. La misión de aquel cuerpo expedicionario se había cumplido. Quedaron algunas partidas sueltas de hombres de fuego que fueron luego eliminadas por unidades especiales. La superficie solar de aquella zona era nuestra.

En el camino de regreso leí la relación de bajas. Entre ellas figuraba muerto el coronel Roy Clayton Delhart en el ataque al Cuartel General. A pesar de que había sido mi enemigo le compadecí y elevé una oración por su alma que me salió del corazón. Después de todo, se había portado como un valiente.

* * *

En Heliosburg, Esther me recibió con indescriptible emoción. Estaba llorando de felicidad y a mí me faltó poco para hacerlo.

Mas cuando la besé perdí la noción de las cosas. Todo se volvió borroso a mi alrededor y fui arrastrado por una corriente vertiginosa. Desapareció de mi vista el rostro de ella, mi casa y toda la ciudad subterránea, hasta que, de pronto, me encontré sin saber cómo en aquel jardín del hotel de Centreville donde estaba cuando empecé a protagonizar esta serie de hechos fantásticos.

Esther ya no estaba a mi lado. Me levanté como un loco buscándola afanosamente. Recorrí el jardín por entre las coníferas y corriendo por entre el sendero, pero no pude localizarla. En el salón aún se oían las risas y bullicio de la gente.

CAPÍTULO XII

REVELACIONES

CUANDO hice mi aparición en el salón docenas de ojos se volvieron a contemplarme. Debía ofrecer un aspecto altamente extraño porque mi entrada pareció la de un fantasma a juzgar por las expresiones de los concurrentes.

Fred Greene vino hacia mí.

—¿Qué te sucede, Albert? —me preguntó—. Estás sumamente excitado, ¿te encuentras mal?

—No, estoy perfectamente. ¿Dónde está ella?

—¿Quién? ¿Esa joven que te acompañaba? No lo sé. La última vez que la vi es cuando salisteis al jardín.

—Pero ella ha tenido que salir por aquí —objeté—. No va a haber atravesado las tapias del jardín. ¿Es que habéis estado ciegos?

—No te pongas así —terció Walter Maidstone que se había acercado—. Pero lo cierto es que Fred tiene razón. Yo tampoco la he visto después por el salón. ¿Y tú? —preguntó a Rosina.

—Yo tampoco —respondió ésta.

—Ni yo —remachó Miriam, la mujer de Fred, con un gesto de extrañeza.

Lo mismo me dijeron todos y aquello me pareció imposible. Para mí fue un golpe que no podía explicar a mis amigos sin que me tacharan de loco. Poco a poco me fui calmando y puse cara de resignación. Incluso me alegré como quien toma a broma un desplante. También aseguraron todos que no la conocían. Por lo visto entró diciendo que era invitada mía.

—No te preocupes —me consoló Fred—. Las mujeres son así. Primero se entusiasman con uno y luego, cuando menos nos lo esperamos, desaparecen dejándonos plantados. No es el primer desaire que recibirás. Así que alegra esa cara y terminemos la fiesta como es debido.

Cuando todo terminó y volví a casa no pude evitar el pensar en todo aquello para intentar encontrar una explicación satisfactoria.

Ya he dicho en otra ocasión que estos acontecimientos que he vivido pertenecen al futuro. Lo que no he logrado aún dilucidar es si fui yo mismo u otra persona descendiente de mí quien pasó todas esas aventuras. Pero sea lo que sea puedo asegurar que dejó una profunda impresión en mí.

Hace más de veinte días que resido en Los Angeles trabajando en mi nuevo empleo. En este tiempo no he sufrido de nuevo este curioso fenómeno, mas no he dejado de pensar en él.

Y hace tres o cuatro días que me encontré con Richard Huxton, el Sheriff de Centreville y mi amigo desde hace ya algunos años. Se alegró mucho de verme y yo igual de verlo a él.

—Hay que celebrar este encuentro, Albert —me dijo—. Cuando vengo a Los Angeles no dejo de visitar el bar de un amigo mío donde se sirve un whisky excepcional. Ven conmigo y lo saborearemos juntos.

El whisky en cuestión no era tan excepcional como él decía, pero sirvió para hacernos charlar por los codos. Me contó todas las novedades ocurridas en Centreville.

—Por cierto —le pregunté—. ¿Estabas tú en el salón cuando regresé del jardín en aquella memorable fiesta de despedida?

—No; hacía unos momentos que me había retirado. Por no molestarte me despedí de los demás recomendándoles que te lo dijeran. Me llamaron urgentemente a mi oficina. Pero los Greene me contaron al día siguiente lo sucedido y me extrañó muchísimo. Por lo visto, con aquello se les olvidó darte mi recado.

—Tú no la conocías tampoco, ¿verdad?

—No. Para mí era tan desconocida como para los demás; y créeme que conozco a todos los habitantes de Centreville. ¿Qué te sucedió con ella?

Por obra y gracia del whisky hice lo que no había hecho con nadie hasta entonces; le conté todo del principio al fin. Puso cara de extraordinario asombro.

—¿Qué me dices? —exclamó—. ¡Pero si eso concuerda con lo que yo sé!

—¿Qué sabes? —interrogué ansioso.

—Es lo más extraordinario que me ha sucedido en mi vida —respondió sin hacerlo directamente a mi pregunta. Después prosiguió—: Todo aquello me intrigó muchísimo. No he de ocultarte que llegué a abrigar algunos temores sobre tu estado mental, así que decidí hacer por mi cuenta algunas investigaciones. Pregunté a los Greene y a los demás amigos sobre la identidad de la misteriosa joven, pero todos me repitieron lo mismo. Nadie sabía quién era ni de dónde había venido.

»Como sabes, tengo algunos amigos en Los Angeles y en San Francisco que se dedican a las investigaciones privadas. Hace unos días me dirigí hacia ellos por conferencia para intentar localizarla. Antes interrogué al jefe de estación de Centreville e hice indagaciones en el puerto con resultados negativos, así que no tenía grandes datos sobre ella. Parecía que se hubiera materializado en el aire.

—¿Y dieron resultado las investigaciones de tus colegas?

—En San Francisco, sí. Y muy pronto por cierto. Uno de estos compañeros me llamó por conferencia para decirme que había localizado a una joven que respondía a la descripción que le di e incluso había estado fuera de la ciudad el día de la fiesta. Se llamaba Esther.

»Con estas indicaciones me decidí a hacer un viajecito a Frisco. La joven en cuestión no era la misma, pero en su casa hablé con su

madre que era una señora charlatana cien por cien.

—De las que te convienen en estos casos —le dije.

—Figúrate. Buen arte que me di con ella. Me dijo que era muy aficionada al espiritismo y a que le adivinaran el porvenir. Bueno, me dijo también muchas cosas más, pero eso es lo importante. Solía ir frecuentemente a que le sacasen los cuartos a una adivinadora que vivía allí cerca y me refirió que esta mujer sabía sobre ella y su hija más que ellas mismas. La pobre mujer estaba chiflada. No obstante, me picó la curiosidad.

—¿Qué hiciste?

—Me fui derecho a la casa de la tal adivina. Y aquí viene lo más extraordinario. Aquella bruja me impresionó.

—¡Que te impresionó una adivina! —No pude por menos de reír al imaginarme a Huxton impresionado por las hechicerías de una farsante. Un sheriff duro y positivo, buscador infatigable de pruebas, temblando ante unas palabras cabalísticas. La cosa tenía gracia.

—No te rías —me aseguró muy serio—, porque aquella mujer me adivinó todos mis secretos sacando a relucir mis trapos sucios, que los tengo aunque sea sheriff —rió—, hasta el punto que llegué a pensar en el consabido chantaje, pero cambió de tema y me preguntó qué deseaba.

»Se lo dije y me habló largamente de la tal Esther contándome tales cosas que entonces me figuré que estaba perdiendo el tiempo lastimosamente. Me habló del Sol y que una descendiente de la tal Esther que tendría su mismo nombre habría de representar un papel importante en la colonización del Sol por el género humano. Me habló de unos hombres de fuego y de una ciudad enterrada, en fin, de una serie de cosas que entonces juzgué fantásticas. Y ahora me dices tú lo mismo. Es de lo más extraordinario.

Me quedé pensativo ante las revelaciones de mi amigo. Huxton llamó en su ayuda a unos cuantos vasos de whisky que llegaron uno tras otro. Cuando salimos del bar iba un tanto mareado a causa del

licor.

Pero aquello me hizo ver que Esther no era un ser imaginario. Me convencí de que era una mujer de carne y hueso que viviría dentro de unos cuantos miles de años.

¿Cuándo la encontraré de nuevo?

F I N

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

38 - Los hombres de Noidim - *Larry Winters*

39 - La nueva patria - *Larry Winters*

40 - El hombre rojo de Tacom - *Walter Carrigan*

41 - El reino de las sombras - *Walter Carrigan*

42 - Las bases de Tarka - *Walter Carrigan*

43 - El Kipsedón sucumbe - *Walter Carrigan*

44 - Motín en Valera - *George H. White*

45 - El enigma de los hombres planta - *George H. White*

46 - El azote de la humanidad - *George H. White*

47 - La ruta de Marte - *Larry Winters*

48 - Expedición al éter - *Larry Winters*

49 - Fugitivos en el cosmos - *Larry Winters*

50 - Avanzadilla a la Tierra - *Larry Winters*

51 - Amor y muerte en el Sol - *Mike Grandson*

¡ P R O N T O !

Una novela fantástica de JOE BENNET que le embriagará como un poderoso licor:

FYMO, NUEVO MUNDO

Con habilidad magistral, ligando los datos científicos con un argumento absorbente, este popularísimo autor nos ofrece una obra de irresistible interés. El drama arranca de la Base Interplanetaria que los hombres han establecido en la Luna. Accidentalmente, perdido en el enjambre de planetoides que pueblan el espacio entre Marte y Júpiter, un patrullero espacial ha descubierto a

FYMO, NUEVO MUNDO

Si usted gusta de las emociones fuertes, de la tensión fantástico-científica y le atraen los enigmas del futuro..., ¡no olvide encargar su ejemplar antes de que se agote! La intensidad argumental le electrizará hasta leer la última página. Esta novela marca un hito en la literatura futurista, por eso no ha dudado en ofrecérsela la acreditada

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 5 pesetas